



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

Minotauro

Juan Carlos Urrea Veloza

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Artes

Maestría en Escrituras Creativas

Bogotá, Colombia

2012

Minotauro

Juan Carlos Urrea Veloza

Tesis presentada como requisito parcial para optar al título de:
Magíster en Escrituras Creativas

Director:

Azriel Bibliowicz

Apoya asesor externo:

Antonio García Ángel

Línea de Investigación:

Cuento, Narrativa

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Artes

Maestría en Escrituras Creativas

Bogotá, Colombia

2012

Agradecimientos

A mis mentores, aquellos escritores que me han regalado sus letras y de los que tanto he aprendido.

A mis padres. En honor a ustedes hice mi mejor esfuerzo.

A mis hermanos.

A Marce. Por todo.

A Maria del C.

A Antonio García, Andrés Gómez y Andrés Chicué. Esta obra también es hija de ustedes.

A mis amigos, los de siempre, los del fútbol, los que se han ganado un lugar en mi alma.

A todos aquellos que en algún momento del proceso me ofrecieron su consejo. A aquellos que no fueron indulgentes.

A la literatura. Por existir. Por acogerme en su entraña.

Resumen

El presente trabajo, presentado como proyecto para aspirar al título de Magíster en Escrituras Creativas, consta de ocho cuentos, trabajados, corregidos y editados a lo largo de dos años, y un epílogo, en el cual se exponen las motivaciones, hallazgos, limitaciones, obstáculos y logros que cada uno de los cuentos representó para su autor. Los cuentos se enmarcan dentro de la tradición cuentística latinoamericana, evidenciando influencias y diálogos con autores que van desde los tradicionales Jorge Luis Borges y Julio Cortázar, hasta otros más contemporáneos como Roberto Bolaño. El epílogo cumple la función, asimismo, de un *arte poética*, en la cual el autor expone sus motivaciones artísticas y estéticas, su concepción de la literatura y el impacto que el proceso de maestría generó en su concepción del mundo y del arte.

Palabras clave: Literatura, Arte, Tradición Cuentística Latinoamericana.

Abstract

The following work, presented as a project to aim for the title of Magister in Creative Writing, consists in eight short stories, worked in, corrected and edited during the last two years, and in an epilogue, in which the motivations, discoveries, limitations, obstacles and achievements that each of the short stories represented to its author are exposed. The short stories are framed in the Latin-American short story tradition, evidencing influences and dialogues with traditional authors such as Jorge Luis Borges and Julio Cortázar, going through more contemporary ones such as Roberto Bolaño. The epilogue also works as a *poetic*, in which the author exposes his artistic and aesthetic drives, his understanding of literature and the impact that the master had on his view of the world and of art.

Keywords: Literature, Art, Latin-American short story tradition.

Contenido

Agradecimientos	III
Resumen y Abstract.....	IV
Hell Ain't A Bad Place To Be	1
La persecución	7
Amores fugaces.....	12
Sueño de hormiga.....	19
Ruleta Rusa.....	24
Último paso.....	38
Un ocaso.....	43
Con toda, perritos.....	46
Epílogo	73

Hell Ain't A Bad Place To Be

Then late at night, turns down the lights

Closes up on me

Opens my heart, tears it apart

Brings out the devil in me

AC/DC

In memoriam

... deja de acelerar, Vincent, puedes perder fácilmente el control del auto, el asfalto húmedo de lluvia y las lágrimas no te dejan ver bien la carretera, sinuosa y empinada y rodeada de abismos, no querrás ser noticia mañana, Vincent Morris canta en desolada carretera su marcha fúnebre, en su auto destrozado se encontró licor y droga y restos de cigarrillo y vómito y una corona de flores, todos murmuran que buscaba desesperado el reencuentro con Peter Taurus dedos de fuego, conmoción en la industria musical, pero bah, qué más da, sería una muerte digna de película, una muerte como la que siempre has deseado, sí, qué poco importa hoy perder el control, total, lo perdí hace ya mucho, quizá desde esos días de soledad en la escuela, encerrado en mi universo, cantando a escondidas de los otros niños que no entendían nada, Vincent el maricón, me decían, el raro, la niñita prefiere quedarse sola que jugar con nosotros, malditos idiotas, demasiado estúpidos para entenderme, me jodieron tanto que un día no pude más y me enfrenté a cinco hijos de puta mayores que yo que me dieron una golpiza tan brutal que caí en cama por dos semanas, pobre de mi madre, la rabia que sintió al tener que buscarme una nueva escuela, pero luego empezó a cantar

con esa poderosa voz que solía desatarse mientras me preparaba la comida o limpiaba la casa y fue como si se le olvidara, una voz llena de nostalgia por su pueblo y por mi abuela, la que le enseñó a cantar y murió borracha y loca en el olvido, esa fatalidad la llevo en la sangre, ahora entiendo a la desgraciada de mi abuela que tanto sufrimiento le causó a mi madre, drogado y borracho logro a veces olvidarme de mí mismo, del malnacido de mi padre que sólo cuando me vio en las revistas fue a mostrarme su grasosa cara de mecánico, ni siquiera se esforzó en disimular el motivo de su visita, oportunista de mierda, no te debo nada, esta voz que alguna día conmovió al mundo es regalo de mi madre que me dejó tan pronto pero tan lleno de melodías, desde muy pequeño yo imitaba los sonidos que escuchaba de ti, sin saber por qué sentía un deseo muy fuerte de gritar que a veces regresa, aunque sea cada vez menos intenso, más nublado por toda la basura que he ido acumulando a lo largo de esta vida demencial, hace ya mucho que cantar se volvió una obligación, un maldito y despiadado negocio que tan sólo ha logrado consumirme ¡mierda! durante esas semanas no hice más que dormir, y en mis breves momentos de lucidez escuchaba con atención las canciones que sonaban por la radio que mamá encendía para que me hiciera compañía mientras ella trabajaba, voces que aún hoy me inspiran cuando la mierda que me rodea lo permite, fueron quince días durísimos pero trajeron su recompensa porque al reponerme y asistir a la nueva escuela te conocí, Peter, igualito a mí pero más alto y con esa cara de asesino que te blindaba contra cualquiera que quisiera meterse contigo, yo no sé qué me viste, seguro lo mismo que yo a ti, una gran tristeza y un amor sin par por la música, por esa guitarra

vieja y resquebrajada que hacías gemir con lujuria, qué increíble tocabas Peter, cómo te extraño, viejo, cómo extraño los primeros intentos de tocar juntos, las cervezas furtivas a los doce, las tardes de caminata o simplemente de tirarnos en el parque y ver pasar el tiempo y ver morir a la gente, ah viejo, y después la poesía, y las drogas a los quince que porque según tú así seríamos más malditos, que no sé cual poeta de mierda había dicho que era necesario romper la ilusión y acceder al mar de lo infinito, sí, qué mierdas decías pero en eso consistía tu grandeza y tu pasión, en enamorarte de las causas perdidas como yo, como el poeta ese, como el negro celestial de la guitarra blanca y los demás desquiciados que confundieron la música y la droga con Dios y que nos jodieron la cabeza, a tu salud este trago, jodido Peter, estarás riéndote a carcajadas con todos ellos, embruteciéndote con las mieles del paraíso, del paraíso de los perdidos que nos han abandonado prematuramente, me haces falta, no sabes con qué intensidad recuerdo los primeros toques, tan borrachos y llenos de ganas de devorarnos el mundo, tan buenos que no teníamos necesidad de practicar mucho, sin buscarlo conocimos a Kevin y a Spencer en alguno de esos bares de muerte del centro, ah qué buenos músicos, por Dios, ebrios y jodidamente inspirados, jóvenes y miserables y un poco dioses también, como nosotros que ya empezábamos a tomarnos en serio el asunto, después de algunos meses de tocar juntos estábamos a punto de estallar de lo bestial que sonábamos, comenzamos a rodar de boca en boca, de mano en mano, los antros en los que tocábamos ya no lucían tan solos, sí, ya podíamos llevarnos alguna que otra nena que se quedaba con nosotros después del toque, y luego otra, y otra, hasta que al menos tuvimos

una cada uno, cómo me habría gustado restregárselas a los hijos de puta de la escuela que me habían postrado en cama, ahí estaba yo, el maricón, saboreando lo que no podrían imaginar ni drogados, y logramos grabar el disco con Sullivan Records rompiéndonos el culo y soportando al gordo hijo de puta ese que no sabía qué hacer con nosotros, pero éramos buenos y no éramos idiotas y pronto apareció Monty, él sí que era un verdadero manager, con él dejamos de ser novatos y empezamos nuestro ascenso al firmamento, qué noches dementes, Devouring the World Tour, primer disco y ya platino y enloqueciendo a las emisoras y a las jovencitas y de paso a sus madres que no entendían qué se les había metido a sus pequeñas, ah sí, qué noches, noches como ésta, noche poética y melodiosa, me dan ganas de escribir algo, de intentar escribir alguna canción memorable por primera vez en años, esta noche, este viento que me desfigura suavemente el rostro, esta penumbra que ilumino tenuemente con el cigarro y las luces del auto, me hacen sentir jodidamente extasiado y perdido, qué mierda, me pongo melancólico y recuerdo el día que Spencer, ¿recuerdas, Peter?, decidió largarse a mitad de la gira porque no pudo soportar la presión, maldito Spencer, tan bueno en la batería como cobarde, lo esencial es la música, sí, eso nos dijo la noche antes de abandonarlo todo y regresar a su pueblo de mierda, Vincent, me dijo, tarde o temprano caerás por el barranco, eso me dijo y nunca más lo volví a ver, cómo te odiamos Spencer, nos pudo más la rabia y no quisimos comprenderte, pero algo en el fondo nos decía que lo habías hecho por ti y por nosotros, que pensaste que tal vez así entenderíamos, pero no entendimos, ya nada importaba, éramos reyes, éramos ídolos, éramos

inmortales, ningún gesto de vileza como el tuyo, Spencer, podía destruirnos, nada más correr el rumor de que buscábamos baterista y alguien aparecería, alguien mejor que tú, alguien con más cojones que tú que realmente quisiera alcanzar la eternidad y clavarse en el río de la vida como nosotros, desnudos, sin límites, como yo ahora en este auto endemoniado que no parece manejado por mí sino por un sátiro ebrio, por eso a veces creo que mis mejores canciones las escribió alguna fuerza incontrolable, maligna, borracha, y no yo, una fuerza que hace ya mucho me abandonó y sólo me dejó la podredumbre que ahora soy y ya no puedo abandonar, que se empozó en mi alma desde aquellos primeros toques en que la música se convirtió en un pretexto y dejó de ser mi esencia, un pretexto para el sexo y el alcohol y el polvo blanco y las jeringas, un torbellino fulgurante y fatal que aún no se detiene pero que ya ha perdido su brillo y del cual no queda más que la náusea y la resaca que nos sacudió a todos y que te llevó al abismo, Peter, a ese abismo del cual jamás regresarás, por qué lo hiciste, siempre persiguiendo la belleza, siempre vislumbrando el infinito hasta en lo más ruin, siempre llegando al extremo sin pensarlo, sin mente, por amor al arte, a la poesía, al éxtasis, maldito Peter, por qué nos hiciste enterrarte tan pronto, eso era lo que buscabas desde aquellas tardes en que hablábamos sobre la vida de mierda que nos había tocado por mala suerte, pero a qué precio, viejo, a qué precio, moriste como todos aquellos que adornaban nuestros cuartos con sus gestos vacíos, sus pechos llenos de música e incertidumbre, tú sí eres un hombre de palabra, Peter, yo en cambio me he quedado solo y lamentando tu muerte y mi cobardía, qué será de mí ahora, qué será de la banda ahora sin ti y sin Monty que se hartó de

nuestro desafuero, navegamos a la deriva en una turbulencia que nadie ni nada puede ya detener, ni siquiera tu muerte en ese baño de mierda, y esta noche que ya termina el viento el auto que cada vez siento más veloz y menos mío el whiskey que ya escasea el cigarro encendido y consumiéndose las estrellas que nunca dejarán de brillar ese barranco que ya había vislumbrado Spencer alguna vez y yo que no sé qué será de mí y que solo quiero extinguirme y que he sido abandonado por la música y sabrá el demonio si alguna vez me abrazará de nuevo...

La persecución

El ruido de sus zapatos sobre el asfalto, repetitivo, constante, cada vez más fuerte. Detrás, a una distancia no muy amplia, dos sombras nebulosas corren con paso regular como el de la milicia, acechándolo con sus miradas penetrantes e impenetrables. Su pulso es cada vez más frenético. Su corazón late con fuerza, a punto de explotar en mil pedazos; se siente desfallecer pero no se detiene, obligado por sus piernas a seguir adelante, hacia el anhelado escape. Intenta descifrar a sus repentinos verdugos, misteriosas parcas de gabán y sombrero y guantes negros cuyos ojos refulgen a la luz de la luna creciente, pero la respuesta se escabulle. No sabe de dónde vienen, ni de quién reciben órdenes, ni por qué lo quieren muerto. Y mientras corre, huyendo de la fatalidad que lo ha arrinconado, comprueba eso que tantas veces escuchó decir, escéptico: que ante la proximidad de la muerte la vida entera pasa por la cabeza como un hilo infinito, y recuerda escenas olvidadas de su infancia, su padre ofreciéndole un camioncito de regalo, su primera bicicleta, Melissa la niña más inteligente del segundo grado y su olor a mandarina, las botas sucias luego de jugar en el parque, la torta de canela preparada por su tía en sus cumpleaños, recuerdos que se confunden con los postes de luz erguidos a sus lados, algo borrosos por la incertidumbre y el vértigo. Siente miedo. La calle está desierta. Los interminables postes no señalan más que un camino opaco y desolador, no sabe dónde está pero eso ya no tiene importancia, pues lo único en lo que piensa ahora es en encontrar una salida.

No puede decidir si el fragor de aquel disparo es una ilusión causada por el frenesí de la huida o si en efecto lo han dirigido a su cuerpo. No tiene derecho a titubear, cualquier error podría condenarlo a la crueldad de sus verdugos. Mueve su pierna izquierda con dificultad. Siente un ardor intenso en su pantorrilla y como un escurrir de sangre, pero no disminuye el paso. Sólo tiene ojos y piernas para buscar un recodo por el cual escabullirse. ¿Quién se hará cargo de su madre?

Ve al lado izquierdo del callejón una barda en mal estado por la cual podría caer. Es una maniobra arriesgada, debe agazaparse y perderá cierta ventaja con las implacables sombras que aún siguen tras él sin inmutarse, sin dejar su intimidante figura. Acelera el paso. Siente otro disparo que al parecer no lo impacta. Se lanza al suelo pero no prevé el alambre de púas oculto en el pasto, sus ropas se rasgan y un fino ardor cosquillea en sus brazos y muslos. Se siente pesado. Se pone en pie y arroja lejos el saco desgarrado. De repente se encuentra en medio de una inmensa plantación, parece estar rodeado de girasoles pero no puede afirmarlo bajo el apremio, la asfixia y la tenue luz de la luna creciente, es al fin y al cabo un cultivo de enormes plantas tupidas que lo esconden y le dan a su huida un poco de esperanza. En su mente, otra escena de su infancia. Un viaje con sus padres y su hermana, juegan a encontrarse entre los girasoles que despuntan en la calidez de la primavera, tropieza torpemente, sus rodillas sangran un poco y su hermana ríe con malicia, como ahora hacen, algunos pasos atrás, los perseguidores.

La huída continúa, y bajo el estrépito de los disparos al aire y de las injurias de las sombras, “¡Alto! ¡Detente, escoria! ¡No nos obligues a acribillarte como a un perro!”, pum, “malnacido”, pum, pum, intenta reconstruir los hechos que lo han llevado a aquel cultivo enorme por el que serpentea para evadir su destino. La obsesión por un cigarrillo a las afueras de un bar; un tufillo de vodka rodeando su boca; la desconfianza que despertaron en él aquellas dos sombras sentadas dentro de un lujoso auto en la acera del frente y sus miradas como sin párpados hacia la puerta del bar; la demanda de un fósforo a un desconocido bajo la pálida luz de una lámpara colgada en una esquina; la torva mirada del hombre a quien acudió, del todo afín al lugar en el que se embriagaba; el repentino deseo de quitarse el sombrero y de sentir sobre su rojo pelo la brisa, fría y suave, de la noche; el sobresalto de las sombras, apresurándose a salir del coche y gritar, con desgarrada voz: “Reddy, desgraciado, a ti te estábamos buscando, pequeño hijo de puta miserable” (¿lo estaban llamando Reddy?) seguida de un disparo que hirió de muerte al hombre del fósforo y lo arrojó al suelo mientras lanzaba un quejido; dos disparos más que rozaron su hombro y su rostro, lo obligaron a darse a la fuga y no le dieron chance de ofrecer ni pedir explicaciones (¿por qué demonios le decían Reddy?); y el terror, la impotencia, la angustia.

Poco puede comprender, y sin embargo sigue corriendo durante largos minutos a través de la gigantesca plantación. A pesar de la oscuridad y el cultivo que lo refugian aún puede sentir tras de sí las tormentosas presencias. Su

esperanza de perderlas se ha ido transformando poco a poco en una inmensa tristeza. No ha avanzado lo más mínimo en su huida, las sombras se mantienen tan firmes como al comienzo y su cuerpo cada vez responde menos a las exigencias de la fuga. Es evidente que pronto dejará de hacerlo: se desplomará sobre la tierra. Por un momento piensa en la hermosa Marge, consternada y sola en el bar, pidiendo explicaciones a todo el que se cruce en su camino. ¡Tantos encuentros en que pudo haberle dicho que la amaba! Lo asalta la sensación del fracaso. Ya no quiere seguir pero tampoco caer en manos de las sombras, algo así como un orgullo ante la muerte se lo impide, y se deja llevar por la inercia, hastiado ya del sudor y del cansancio.

Y al fin puede vislumbrar enfrente suyo que el terreno se inclina levemente hacia abajo y que más adelante el cultivo empieza a disminuir hasta hacerse yermo y desaparecer. Bajo la luz de la luna creciente alcanza a ver el final del campo y comprende que no tiene escapatoria alguna. Tan sólo un hermoso horizonte, intrincadas nubes sobre un fondo negro-azul, una sonrisa en su rostro y la certeza de que el mundo es bello y fatal. “No desfallezcas, Reddy Schmidt, perro malnacido, no desfallezcas, ya pronto dejarás de escapar y serás libre”, grita una de las sombras, desafiante, y ambas sueltan un enjambre de carcajadas que ya no pueden lastimarlo. El roce de sus cuerpos contra las ramas de las plantas apaga el silencio.

De repente el panorama se hace claro y aparece ante sus ojos un colosal abismo. No se detiene, avanza con paso firme, constante, cada vez más rápido hacia adelante.

Amores fugaces

“Ese día me puse el vestidito negro que tanto me gusta y que cosí con mis propias manos durante mi convalecencia, y adorné mi pelo con un sombrero que me regaló, desesperado, un pretendiente demasiado vulnerable de quien quedó el sombrero pero no el recuerdo. Había estado todo el día en casa, deambulando por ahí, oyendo a mamá gritar como loca que arreglara mi cuarto y que hiciera algo útil. Yo, sin prestarle mucha atención, le gritaba también, más divertida que rabiosa, estoy en vacaciones, nadie puede obligarme a hacer nada, y bailaba al son del tocadiscos encendido a todo volumen, girando y girando, mientras cerraba mis ojos y pensaba en las estrellas y en mis gatos que se han perdido pero que sé que aún dan pasos por ahí. Y algo impetuosa, aburrida de mi madre y de los muebles y de la quietud y la monotonía, cuando la tarde empezaba a madurar me levanté con la intención de salir. Tomé mi bolso y lo llené de todo eso tan necesario a la hora de andar por la calle, mi monedero, mi espejo, mi maquillaje, mi libretita de notas donde a veces escribo poemas y ahora utilizo para escribirte esta carta, todas esas cositas que los hombres siempre desprecian, incluso tú, seguramente, a pesar de tu hermosura, de tus manos finas, de tu espesa barba negra y tus ojos melancólicos. Tan solo quería dar una vuelta, vagar por la ciudad sin rumbo fijo y que mi imaginación vagara también sin un destino para sacudir el aburrimiento de mi piel y de mi vientre. Y mientras terminaba de empacar me hice una promesa, el primero que pase lo tomas sin

siquiera mirar el aviso, y cuando cerré la puerta de la casa, después de haberle escrito a mi madre una notita diciéndole cuánto la amo pero cuánto me exaspera a veces, estiré mi brazo y me subí a un autobús azul que en aquel preciso instante pasaba por ahí. No quise incumplir mi promesa. Siempre recuerdo lo que decía mi abuelo, que cuando uno rompe las promesas que se hace a uno mismo algo terrible podría ocurrir, y aunque a veces dudo de ello no quería abandonar el juego ni tampoco comprobar si era cierto. Ahora sé que fue la promesa más feliz de mi vida, porque la casualidad que aguarda a la vuelta de la esquina quiso hacer parte del juego que había inventado en mi cuarto, y fue entonces cuando subiste tú también al autobús, perdido, agitado y sudoroso bajo el sol agonizante. Pagaste con descuido, no te preocupaste por el cambio ni te esforzaste mucho por buscar un lugar vacío para sentarte. Cuánto deseé que vinieras a mi lado. Me impactó tu figura, tu aire distante, esos ojos marrones y melancólicos, esa mirada que no supe definir, ingenua, ausente, dolorida, pero sobre todo enigmática. Eran las cinco de la tarde, lo sé porque quería que el recuerdo quedara incrustado en mi memoria con todo y hora, y siguiendo el juego de las casualidades asumí tu destino como el mío propio y me dejé guiar por ti hacia la aventura. Y mientras llegabas a tu parada imaginé tu nombre e intenté hacerme una idea de tu vida y el porqué de esa mirada que me había cautivado y que sentía necesidad de descifrar. Y por andar en ensoñaciones casi no me doy cuenta de que habías presionado el timbre y que te bajabas, y tuve que levantarme con rapidez y correr por el bus para bajarme yo también y no perderte de vista. Por fortuna algo tuyo cayó sobre el andén, creo que tu billetera, y tuviste que detenerte por unos

momentos. Eso me confirmó que las casualidades seguían de mi lado. Te vi entrar en ese café, pequeño y hermosamente decorado, donde se escucha lo mejor del jazz y del blues del Mississippi, y esa elección por parte tuya me encantó y acrecentó mi curiosidad ya de por sí palpitante. Parecías conocer de cerca al mesero por la forma confiada en que le hablabas, y por primera vez escuché tu voz, tan cálida, tan dulce, tan... misteriosa. Tú también podrías cantar, pensé, como aquellos negros que se paseaban por los altavoces del lugar en un conmovedor desfile. Yo solo atiné a pedir un cigarrillo y un café oscuro, el pretexto perfecto para seguir escuchando tu pausada voz profunda y seguir observándote furtivamente. Fumaba con desinterés mi cigarrillo, ya iba por la mitad cuando escuché que le decías al mesero que al siguiente día pasarías temprano, a ver si por fin le devuelvo el disco que me prestó y le pago el dinero que le debo, lo lamento, no los traje conmigo, y luego de darle un fuerte apretón de manos saliste por la puerta que tintineó al abrirse, sin siquiera percibir mi presencia en la barra. No quise parecer loca, fue por eso que me quedé ahí sentada escuchando a aquellos hermosos muertos murmurar sus notas tristes en vez de salir corriendo tras de ti y agarrarme fuerte a tu cuello y besarte sin pausa. Después de un rato salí del café. Caminé por calles anónimas, no muy concurridas a esa hora quizá por el frío, hasta que se hizo oscuro y preferí tomar el primer autobús que me dejara en casa. En el trayecto no hice más que pensarte. Llevaba tu recuerdo impregnado por todo mi cuerpo y sentía el deseo de mirarte a los ojos y mirar por dentro de tus ojos y acariciar con mi mirada tu alma, acercarla un poco a la mía y sentir tu aliento en mi nariz. ¿A qué olerías?

¿Sería un olor tan dulce como tu voz? Varias veces me estremecí en la penumbra del bus hasta que llegué a casa y me encerré en mi cuarto silenciosamente. Estaba exhausta y no tuve paz hasta recostar mi cabeza sobre la suave almohada de mi cama, que me transportó al sueño casi de inmediato. No pude dormir mucho, tu rostro y tu voz se me aparecían, me seducías, me decías cosas dulces y también obscenidades al oído. Yo sonreía y me acercaba para besarte pero en ese instante te desvanecías y me dejabas en un limbo incomprensible. Desperté a la madrugada, pensando preocupada en la ropa que me pondría, decidida a ir a ese café, tal vez invitarte una bebida y con disimulo propiciar un beso o una caricia al menos. Me vestí con gran cuidado, ¿sabes? Quería que todo fuese perfecto. Quería deslumbrarte con mi elegancia, someterte a mis encantos. Entré con sigilo al cuarto de mi madre, que aún dormía, con la intención de hurtarle un poco de esa fragancia que tanto me gusta y que utilizo a escondidas en ocasiones especiales como este encuentro contigo, mi hombre de ojitos bonitos y melancólicos. Esa mañana tuve que esperar, no sé, quince o veinte minutos, el mismo autobús del día anterior, y sentí que el tiempo de la espera calcinaba mis huesos. Lo único que quería era estar a tu lado y tomarte del brazo y robarte una sonrisa con mis caprichos y mis insinuaciones. El bus finalmente pasó pero el viaje se me hizo eterno. Todo mi cuerpo estaba embargado por un nerviosismo que me pesaba y me hacía tambalear un poco y me obligaba a mirar el reloj a cada instante. Tu figura se me hacía inalcanzable, como si todos los autos de la ciudad se interpusieran entre nosotros, como si el momento exquisito no fuera a llegar nunca, y yo ahí, aferrada a la barra del

autobús tanto como a la ilusión de verte nuevamente. Llegué temprano al café. Aún no estaba abierto. Una reja verde cubría la gran ventana frontal y varios candados cerraban las puertas de madera. Me senté, temblorosa, en una banca que daba a la entrada. Froté mis frías manos entre sí, exhalando un poco de aliento caliente sobre ellas mientras jugaba a hacer círculos que luego se convertían en pájaros, en aviones y en dragones, imaginando locuras desde tan temprano para distraer la agitación del encuentro ya próximo. De pronto vi llegar al mismo mesero del día anterior. Me moví un poco hacia un lado intentando pasar desapercibida, qué hace una linda señorita como usted a esta hora y en este sitio tan inseguro, me preguntaría avergonzándome. Quitó con paciencia los candados y la reja, y después de acomodar las sillas y las mesas y de limpiar un poco el lugar, abrió la puerta principal y puso en la entrada un anuncio con las viandas disponibles. Poco después, a las ocho de la mañana, te vi llegar, silencioso, mirando hacia el piso y errando en cavilaciones que deseé penetrar. Yo temblaba de frío y de angustia. No sabía si moverme o quedarme quieta, si correr a tu alcance o darte tiempo de llegar y acomodarte y sorprenderte luego con mi saludo. Llevabas en tus manos el diario y un libro. ¿Qué leías? Te vi saludar al mesero, sentarte en una mesa que daba a la ventana, pedir una bebida caliente — lo sé por el humo que subía lento, en espiral, por el aire — y leer muy concentrado tu libro. ¡Qué lindo te veías, tan serio, tan perdido en tus reflexiones! Ahí me levanté, con el firme propósito de entrar, decirte hola y sentarme a tu lado. Imaginé la cara de confusión que pondrías, preví tus palabras entrecortadas para responderme. Pero la idea de que tal vez lo harías con violencia o que te

esforzarías por ser cortés se cruzó de repente por mi pensamiento. ¿Podría mi impertinencia molestarte y hacer de nuestro encuentro un rotundo fracaso? Frené en seco, y pensaba seriamente en huir, lamentando mi locura infantil, cuando se me ocurrió que debía involucrarte en el juego. Rápidamente te escribí una nota, *Te veo a las cinco de la tarde en el Cinema Imperial. Tuya, Sophie*, que entregué al mesero en un momento en que salió a fumarse un cigarrillo, pidiéndole total discreción y sugiriéndole complicidad con mi sonrisa. Él accedió, un poco burlón, no sin antes lanzar una lasciva mirada a mis senos, lo que no me gustó pero acepté como el precio justo por tan atrevida petición. No quise esperar a ver qué hacías. Me fui con rapidez hacia alguna calle donde no pudieras verme ni saber quién era yo, con hambre y pensando qué hacer con mi vida hasta las cinco de la tarde.

Y aquí estoy, a la vera del camino que conduce al Cinema Imperial, sentada en el piso y llorando como una niña rabiosa que destroza sus muñecas, escribiéndote esta carta que daré a la muchacha de la entrada, quien seguro aceptará sin vacilar el favor que pienso pedirle, señorita, al único señor de sombrero gris que vea salir del Cinema tomando de la mano a una mujer rubia entréguele esto y dígame que quien se lo dio lloraba desconsolada y llevaba el maquillaje corrido, que su corazón fue destruido por un hombre demasiado imbécil para preocuparse por ella, un hombre cuya mirada espesa, que invita al abismo, no fue razón suficiente para soportar el dolor que quema cuando los pactos secretos se rompen y se pisotean y se escupen. Ni siquiera esperaste diez

segundos, no volteaste a mirar, no mostraste el menor deseo de indagar por esa que se tomó el atrevimiento de escribirte. No, tú solo seguiste caminando como si mi nota no hubiera llegado nunca a tus manos, como si yo no hubiera pisado jamás la faz de la tierra. Y no se te ocurrió nada mejor que traerla a ella, como si quisieras reírte de mí a carcajadas, como si mi nota y mis sentimientos no fueran más que porquería para ti. Acá tienes esta carta, el testimonio de un amor profundo e intenso que ardió por poco tiempo, lo único y lo último que sabrás de mí en esta vida miserable.

Con el desconcierto de los amores fugaces,

Sophie”

Sueño de hormiga

*Chuang Tzu soñó que era una mariposa.
Al despertar ignoraba si era Tzu que había
soñado que era una mariposa o si era una
mariposa y estaba soñando que era Tzu.*

Después del almuerzo es fascinante mirar por la ventana. El sol riega su luz y le da vida a los colores del jardín, como si los espíritus de los árboles y las flores se despertaran bajo su llamado. Incluso las piedras sucumben a su encanto y parecen sacudirse de su prolongado letargo. La niña de rizos oscuros, largos como suspiros, observa las margaritas, los narcisos y el viejo guayabo que le regala frutos a lo largo del año. Mientras saborea el chocolate que su madre le ha dado de postre, siente que unas voces profundas le susurran al oído sabidurías antiguas que no sabe descifrar.

— Tengo sueño, mamá —pronuncia en voz alta desde su cuarto, en el segundo piso de la casa—. Mamá, tengo sueño.

— Sabes que no puedes dormir después de comer —responde la madre desde la cocina—.

— Sí mamá, pero se me cierran los ojitos.

— No insistas. Ya sabes lo que puede pasarte.

La niña busca alrededor del cuarto el pequeño taburete que le ha regalado su padre. Ve sus muñecas, sus lápices de colores desparramados por el piso, el tocador, la cama tan grande como un océano. Junto a la cama. Ahí está. Camina hacia él, lo arrastra y se sienta a observar a través de la ventana. Sus párpados caen pesadamente.

De repente roba su atención una línea que se extiende por todo el jardín, extensa como un río: una hilera de hormigas diligentes que trabajan sin cesar, moviendo con esmero sus miles de patitas a lo largo del patio. “Si pudieran me robarían el dulce”, piensa la niña, y se ve a sí misma corriendo tras las hormigas, al rescate de su tesoro cautivo. Sonríe con debilidad. El sueño la abraza cada vez con más fuerza.

Caminan las hormigas. Una lenta oscuridad. Las hojas de los árboles ondulan en el aire. Las hormigas caminando. Una lenta oscuridad cubre sus ojos. Cada vez le es más difícil mantenerlos abiertos. Sacude la cabeza con la intención de espantar el sueño. “¿Sentirán algo las hormigas?” La niña se acomoda para contemplarlas mejor y tararea la melodía que su abuela le canta al oído por las noches cuando la visita. Ahí siguen, incansables, como si se hubieran quedado atrapadas en el tiempo. Una lenta oscuridad. La cabeza se le cae sobre el pecho. Un sobresalto. Despierta brevemente. Una lenta oscuridad cubre sus ojos. Suavemente.

Un tibio olor a tierra seca en el aire. La fatiga y la sed. Siente como si hubiera caminado durante horas. Sus delgados miembros, agotados por el trajín del día, se desplazan con el rigor de un reloj, tic tac tic tac. Alza la cabeza y no termina de comprender lo que ve a su alrededor: sus rizos como hilos semejantes a antenas, un aguijón al frente suyo que la amenaza y se mueve a la par que su cuerpo, una inmensa fila que la sigue y la precede, caminando, caminando. El mundo se siente colosal y abrumador. La sorpresa la asalta pero el rigor de la caminata no le permite detener el paso. El olor a tierra seca se hace insoportable. La asfixia. Sus patas flaquean y se doblan al contacto con la tierra. Su torpeza ha destruido la uniformidad de la hilera. Cada vez está más lejos del aguijón que la antecede. Las hormigas que la siguen, furiosas y obstinadas, continúan la marcha. No pueden perder el orden. De hacerlo, quebrarían la armonía del mundo. Montones de patas pasan sobre su cuerpo, presionan su vientre y sus miembros, la ahogan, la sumen en una agonía prolongada. Desfallece, desfallece. Una lenta oscuridad cubre sus ojos.

Mueve asustada sus párpados. Su cuerpo yace sobre el piso junto al taburete. Ve la ventana a su izquierda. Entra una luz débil. Debajo de su mano, el chocolate derretido. Siente en su boca un extraño dejo de tierra y la aqueja un leve dolor en su codo derecho. Se incorpora. Frota su codo adolorido y observa a través de la ventana. La hilera de hormigas ha desaparecido. La invade un

presentimiento. El dolor en su codo aumenta a cada instante pero puede más la intriga que el malestar y baja corriendo por las escaleras.

— ¿A dónde vas, hija?

La voz de su madre se desvanece al salir por la puerta del jardín. Corre. Se acerca cada vez más al lugar que origina su intriga. El sol quema su rostro, la abrumba un tibio olor a tierra seca. No deja de correr hacia el lugar en el que estaban las hormigas.

Al llegar, se arrodilla y ve a una de ellas con sus patas hacia arriba. La niña la toma con cariño entre sus dedos y la examina con ojos expectantes, como si diagnosticara su mal para poder curarla. El dejo de tierra en su boca se ha intensificado. Siente urgencia de apagar su sed. Se levanta, entra a la cocina y le pide a su madre un vaso de agua.

— ¿Qué tienes ahí? —, pregunta, y la mira con extrañeza.

— Es la hormiga de mi sueño.

— ¿De tu sueño? Por Dios, Lucía, ¿te quedaste dormida otra vez?

— Sí mamá, pero...

— ¿Por qué eres tan terca, niña? ¡Ven para acá! ¡Suelta eso inmediatamente!

La madre se aproxima. La niña da media vuelta y sube al segundo piso por las tablas que crujen bajo sus pies, mientras su madre grita desesperada que suelte a esa hormiga del demonio. El amargo sabor a tierra no ha dejado de crecer. Entra en el baño. Abre el grifo. Brota un chorro de agua del cual bebe profusamente, y siente que su cuerpo se refresca entero.

Sale del baño y corre a encerrarse en su cuarto con la hormiga todavía inerte en la palma de su mano. La contempla. Siente ganas de llorar. Se acerca una vez más a la ventana y observa hacia afuera. Tararea la melodía de su abuela y cierra los ojos. El dejo de tierra en su boca disminuye. Pronto se extinguirá por completo.

Casi al borde del sueño, un lento cosquilleo en su mano la obliga a abrir los ojos. ¡La hormiga aún vive! Sonriendo, abre la puerta de su cuarto, baja de nuevo por la escalera y corre hacia el jardín. La hormiga mueve las patas a lo largo de su brazo, sus hombros, su cuello, su rostro. La niña le acerca un dedo para que suba. Se arrodilla en el suelo del jardín y la desliza en la tierra. La hormiga cae, se encamina hacia quién sabe dónde, se aleja, se aleja, la niña la observa mientras sacude la tierra de sus piernas, un grito la obliga a voltear la cabeza y ve a su madre salir por la puerta del patio, “mamá me va a castigar otra vez por ensuciarme el vestido”, ¡qué maña la tuya, niña!, cosas como ésta sucediendo todos los días.

Ruleta Rusa

Qué increíbles resultan el círculo del cañón frente a sus ojos, los gritos del asaltante y de la mujer a cargo de recoger el dinero, los sollozos entrecortados de algunos de los rehenes. Ahí, arrodillado y desnudo en medio del círculo de cautivos está él, con el labio inferior reventado debido a los golpes del calibre .38 y las manos atadas por la espalda, cubiertas de magulladuras. ¿Cuánto vales ahora, hijueputa?, vocifera el asaltante, apuntándole todavía con el revólver, con ojos como cuchillos sobre los suyos. ¿Cuánto vale ahora este pirobo, ah Julieta?, grita, y mira hacia todas partes. Julieta responde con sorna, menos que nunca, Romeo, menos que siempre, al tiempo que vigila y empuña su revólver hacia los rehenes.

Lunes, 7:00 am. La alarma del iPhone suena por segunda vez pero Ricardo Montaña no le hace caso y se sumerge entre las sábanas de seda. Debe llegar al banco a las 7:30. Así se lo ha exigido el gerente de PanExport, con quien tiene una reunión. Pero a él poco le importa. Es el director. Si para algo sirve ese cargo es para entrar a la hora en que le dé la gana. Cae en duermevela. Diez minutos más tarde la alarma suena de nuevo. Estira el brazo e involuntariamente golpea el iPhone, que cae de la cama y se estrella contra el piso de madera. Mierda. La

joven a su lado se queja entre sueños por el ruido. Montaña tira las cobijas a cualquier parte, sin inquietarse por ella. Se sienta en el borde de la cama con su obeso torso desnudo, en bóxers. Se frota los ojos y se rasca la axila mientras bosteza. Mira somnoliento a su alrededor. En la mesa de noche, una botella de Johnnie Walker Red Label a medio acabar y un cenicero repleto de colillas de Marlboro. Al lado del Sony Bravia gigante todavía hay maletas por desocupar y algunos cuadros descolgados. Hace dos semanas dejó a su esposa y sus dos hijos y no ha tenido tiempo ni ganas de ordenar. Ay Lucía, Lucía, piensa en voz alta. ¿Por qué serás tan pendeja? Una sonrisa se esboza en su rostro. Se levanta de la cama y prepara todo para ducharse. A ver mami, le dice al oído a la muchacha acostada en su cama, se recuesta a su lado y le acaricia los senos. ¿Se va a bañar conmigo? Camine que tengo ganas de un rapidito.

En un estrecho apartamento del barrio Castilla se extienden sobre la mesa del comedor algunos planos con anotaciones que Julián Felipe Almanza revisa mientras bebe de una petaca provista de John Thomas. En un borde de la mesa, un hilillo de humo brota de un cenicero repleto de colillas de Pielroja y se eleva hacia el cielorraso. Las persianas están cerradas. La tenue luz blanca de una lámpara de escritorio ilumina la mesa. En la pared, opacas por la escasa iluminación, se ven colgadas cientos de fotografías de un banco: las entradas, los cajeros automáticos, los empleados, las cámaras de seguridad, los guardias. Una

de ellas muestra a un hombre que baja de un Mazda 3 con la cara rodeada por un círculo de color rojo, y se lee: 'El hijueputa'. No le des más vueltas al asunto, dice Gabriela Pinzón. En las manos lleva una lata de salchichas y una taza de café que ofrece a Julián. Va a salir perfectamente. No está de más un último vistazo, dice Julián entre dientes. Ese malparido las va a pagar, dice Gabriela, relájate. ¿No piensas desayunar?, pregunta de modo provocador, y se acerca a Julián y lo besa largamente mientras acaricia su entrepierna. Luego, responde estremecido. Se frota los ojos y la mira. Ella se sobresalta. Julián tiene unas ojeras que más parecen pequeños trozos de carne cruda. La mujer enciende un cigarrillo y bebe un sorbo de John Thomas. Julián le quita con cariño la petaca, vierte un poco de licor al café y continúa con la revisión de los planos.

Montaña se atraganta de pan con mantequilla, de jugo de naranja, de trozos de huevo y queso gruyère, traídos diligentemente por Lizeth, la muchacha del servicio. Mastica con dificultad y escucha a Julito en La W. Son las ocho de la mañana y cinco minutos. Sara, ¿qué pasa en Madrid? La ciudad se explaya a través del ventanal de la sala bajo los relucientes rayos de sol de una mañana extrañamente seca. Leo es una sensación, dice Sara. Penélope y Javier deben estar que no-ca-ben-de-la-di-cha. Mbi mbadletn, balbuce Montaña entre la masa de comida en proceso de trituración. No era para menos, dice Julito, y hace una pregunta intrascendente sobre Bardem a Alberto Casas. Montaña apaga el

minicomponente mientras se frota los dientes con la lengua y lo disfruta. ¡Mi maletín!, vocifera. El grito azora tanto a Lizeth que trastabilla al salir de la cocina, se recompone y se apresura a entregarlo. Montaña se lo rapa de las manos y le lanza una mirada aplastante. Sale, seguido por un portazo, y se dirige al sótano por las escaleras. Al llegar a su carro presiona el botón del mando. Suena un clic y se abren los seguros. Un violento acceso de tos lo estremece. Escupe una plasta de flemas mezcladas con pequeños trozos de comida masticada sobre la puerta del carro de al lado. Se incorpora. Abre la puerta, se sienta, acomoda el espejo retrovisor y se revisa los dientes con minucia. Enciende el Mazda 3 último modelo, lo hace rugir con furia y sale del parqueadero retrocediendo a gran velocidad. Buen día don Ricardo, lo saluda el portero del edificio al llegar a la entrada mientras le entrega su correspondencia. No responde el saludo y cierra de inmediato la ventana. Viejo hijueputa, dice el portero en voz baja y regresa a su garita.

Montaña está ahí, arrodillado, con las manos cruzadas sobre la parte trasera de la cabeza y con el labio inferior manando sangre. Quítese la ropa, ordena Romeo. Montaña no se mueve. Clava la mirada en el piso. Que se quite la ropa, granhijueputa, le grita Romeo, y lo golpea con la culata del revólver en la herida. Montaña se queja, se lleva una mano al rostro y se cubre la boca por algunos segundos. Escupe sangre a escasos centímetros de los pies de Romeo y lo mira

fijamente, con altanería. Yo a usted lo conozco, dice Montaña, que tose y escupe sangre nuevamente. No lo repetiré más, dice Romeo. Le doy un minuto para quitarse la ropa. Montaña escupe de nuevo, esta vez sobre los zapatos de Romeo, quien no duda en disparar. Algunos de los rehenes gritan. Otros esconden la cabeza entre las piernas. Callados todos, malparidos, grita Julieta con severidad. La bala se ha incrustado en el piso, entre los pies de Montaña, quien en el momento del impacto ha cerrado instintivamente los ojos y se ha cubierto los oídos. No más advertencias, hijueputica de mierda.

Montaña golpea la bocina del carro desde hace cuarenta minutos. Está atascado en el trancón matutino de la Carrera Séptima y no ha hecho otra cosa que pitar y putear a todo el mundo. Apúrese a ver, cucha de mierda. Pitazo. El semáforo de la Calle Treinta y Cuatro se pone en rojo. El sol le hierve la sangre. Se quita el saco y enciende un cigarrillo. El semáforo pasa a luz verde y Montaña se apresura a cambiar de carril. Cierra a una moto y un Logan negro. El motociclista le dice algo que no alcanza a escuchar. Montaña saca el brazo por la ventana y hace pistola con los dedos. La señora que conduce el Logan le pita, respaldada por los demás carros de la fila. ¿Cuál es la joda, vieja estúpida? La señora hace un gesto de rabia y continúa pitando, con vehemencia. Montaña se fastidia, toma el cigarrillo aún encendido entre los dedos pulgar y corazón y lo lanza a la ventana entreabierta del Logan con tan buena puntería que logra

introducirlo en la cabina. La mujer se quita el cinturón, abre la puerta y sale azorada. Siga pitando, siga pitando. Con una sonrisa, Montaña se acomoda satisfecho en el asiento, toma el timón y cruza justo en el momento en que el semáforo pasa de amarillo a rojo.

Julián Felipe y Gabriela caminan tomados de la mano y fumando por la Avenida Boyacá, a dos cuadras de la Carrera Trece. El ruido de los carros atrapados en el monumental atasco es insoportable. ¿No se habrá quedado nada?, piensa Julián en voz alta, y revisa su maleta minuciosamente. Deberías también mirar tu bolso, Gabriela, no sea que se te haya quedado la peluca, o el revólver, o la cabeza. Julián sonríe. Gabriela lo mira mal, lo empuja con cariño y le devuelve la sonrisa. Nos toca caminar hasta la Trece, dice Gabriela, por acá no llegamos nunca. ¿Todo claro?, pregunta de improvisto Julián con voz titubeante. Todo claro, responde Gabriela, que se acerca y le acaricia el cabello. Tú llegas en taxi por la Décima, yo llego por la Séptima caminando, dice Julián. Ya sé, ya sé, responde Gabriela, y abraza a Julián y lo besa, le muerde los labios y la lengua con violencia y deseo. Yo seré Julieta; tú, Romeo, susurra Gabriela a Julián en el oído, y lo lame. Hasta la muerte entonces, murmura Romeo. Se separan. Lanzan los cigarrillos al pavimento sin mirarlos, sin mirarse, al mismo tiempo. Una masa casi sólida de smog se confunde con el humo de los cigarrillos abandonados en la

acera. Después de dos intentos infructuosos Julieta para un taxi, y una vez se pierde entre el tráfico, Romeo toma un bus que sube por la Calle Trece.

Montaña se desviste con parsimonia, desafiante. De afán, ¡de afán!, lo acosa Romeo. Julieta vigila a los rehenes y los organiza en un círculo con el fin de controlarlos más fácilmente. Bueno, pirobos, grita Julieta mientras los apunta uno a uno con el revólver. Se me van a arrodillar todos y van a dejar las manos donde pueda verlas. Busca en su maleta y saca una bolsa negra de basura. La sacude con fuertes movimientos y la abre. Montaña se ha dejado solamente los bóxers y las medias. Toda la ropa, malparido, dice Romeo, y presiona lentamente el martillo del revólver. Montaña se quita las prendas restantes mirando con odio a Romeo, quien ahora le apunta a la frente. Las manos atrás. Montaña se resiste. ¡Que atrás!, increpa Romeo, y mantiene el revólver con firmeza. Amárralo bien duro, Julieta, que lo sienta. Julieta se aproxima. Intenta atar a Montaña pero éste ofrece resistencia de nuevo. Julieta le golpea los brazos y el hígado con la culata del revólver y lo hala con violencia del poco cabello que aún tiene. Montaña finalmente cede. Romeo lo mira, sonrío y lanza un suspiro de alivio, contenido desde mucho tiempo atrás. Bien. Ahora, al centro. Rapidito.

A las 9:13 de la mañana Montaña irrumpe a través de la puerta del banco con el maletín en la mano y los ojos irritados por el sol y el sueño. ¡Eso me gusta! Cumpliditos y concentrados. Los cajeros voltean a saludarlo. Qué más, Bermúdez, ¿mucho sueño? Jimenita mi vida, cómo está de chusca hoy sumercé. Castillo, ¿sí terminó el informe el viernes? No me haga esa cara, tigre, bisnes ar bisnes. Los pocos clientes que a esa hora esperan su turno lo miran de reajo. Entra a su oficina. Buenos días, señor Montaña, dice Alejandra, la secretaria, de pie junto a su escritorio. Montaña se acerca. Buenísimos días, bizcocho, le dice, y le manda una mano a las nalgas. Alejandra sonrío incómoda y toma distancia. ¿Qué dijo el tipo este de PanExport? Ehhh... ¿Cómo es que se llama ese fulano?, pregunta Montaña. Cardona, señor Montaña, responde Alejandra tomándose el pelo con nerviosismo. Eso, balbuce Montaña. ¿Qué dijo? Nada, señor Montaña, se fue sin decir nada a eso de las 8:00. ¡Bah!, tan importante el doctorcito, pues, dice con sorna Montaña, y le agarra de nuevo una nalga a Alejandra. Por favor, no más, señor Montaña, dice con fastidio Alejandra. Entra Bermúdez. Ehh, perdón, yo como que mejor regreso luego, dice, sin moverse. Montaña, sobresaltado, se va a su oficina. Se detiene antes de abrir la puerta. Tráigame un café bien oscuro y un acetaminofén, ordena sin voltear a mirar. Alejandra no responde. ¡Pero pa'hoy, a ver!, la increpa Montaña, y entra a su oficina y la cierra de un portazo.

Romeo, en medio de la fila de clientes, mira hacia la puerta con inquietud. Hace diez minutos que espera a Julieta. Observa con atención al guardia y a los cajeros. Los mismos movimientos de siempre, las mismas rutinas. Siente que todos lo miran, que todos sospechan de sus gafas oscuras y de su nerviosismo. Está de cuarto en la fila. Detrás de él, dos personas más. En total, en el banco, cinco clientes, tres cajeros, dos asesores, la secretaria, el guardia, la del aseo. Y el hijueputa. Catorce. A los del banco ya los conoce. Están entrenados para no reaccionar ante ninguna eventualidad. Ni la vieja que está de primera ni la muchacha que acaba de entrar representan peligro alguno. El gordo del segundo turno jamás reaccionará a tiempo. ¿Dónde se habrá metido Julieta? Delante de Romeo, un mensajero. Puede ser de cuidado. Crece su impaciencia. Atrás, un tipo mechudo, enjuto, como de 1.80. Parece absorto en la música a todo volumen que despiden sus audífonos. En su vientre, el vértigo se desenvuelve incontrolable. Por fin, Julieta entra con paso firme. Los tacones resuenan a lo largo del banco. Se ve hermosa con la peluca rubia. Su llegada tranquiliza a Romeo por un momento pero al verla acercarse al guardia su angustia se desborda. Conversan. Lo previsto. Ahora debe de estar preguntando por el formato para consignar cheques, una sonrisa coqueta, un paso que la acerca más al guardia. Romeo avanza algunos metros en la fila, casi no escucha, no siente lo que hay a su alrededor. Julieta hace que busca una pluma en su bolso, el guardia se pone alerta, se yergue, habla en tono imponente, Julieta lo mira, vuelve a sonreírle pero esta vez con malicia, saca un spray de su bolso y lo rocía en la cara del guardia, que intenta frotarse los ojos desesperadamente. Julieta saca un

revólver de su bolso y se lo hunde en el estómago. Romeo mete su mano en el bolsillo interior de la chaqueta y desenfunda su revólver. ¡Al suelo!, grita, ¡al suelo todos, hijueputas! Julieta esposa al guardia por la espalda y se dirige hacia la oficina del director. Los clientes y los cajeros y los funcionarios del banco se alteran, arman escándalo, no saben qué hacer. ¡Silencio!, sabemos cuánta gente hay acá, todos al centro. Julieta sale de las oficinas escoltando al director. El hombre tiene las manos sobre la cabeza, un labio reventado, la camisa ensangrentada, un gesto de rabia e impotencia en el rostro. Este pirobo activó la alarma, dice Julieta. Te llegó la hora, hijueputa, dice Romeo en voz baja. ¡Cierre ya mismo esa puerta, gran malparido!

Julián observa a través de la ventana del bus. La Calle Diecinueve le ofrece la misma imagen sórdida de siempre y el recorrido le despierta recuerdos que aún no cicatrizan. Dos años y nueve meses de trabajo. Recién casados y estrenando casa. Días en que debía quedarse hasta casi la medianoche en la oficina. En especial ese cumpleaños de Gabriela en que lo obligaron a terminar los reportes anuales. O la cancelación del viaje a Cartagena porque a última hora, sin explicación alguna, le negaron las vacaciones que había pedido. Sacrificios necesarios para conservar el trabajito. Galileo, el Golden Retriever que les hizo compañía desde cachorro al que amaban como a un hijo y que tuvieron que regalar porque ya estaba grande y comía mucho y no había modo de conseguirle

el concentrado. Todo por las 'políticas de recorte presupuestal' del banco que se habían hecho supuestamente necesarias por la crisis financiera mundial. La mirada sarcástica del director mientras lo echaba del trabajo, lo sentimos mucho, de verdad, pero la situación es difícil y no hay sitio para usted acá. La insistencia, que el crédito, los gastos del matrimonio, la luna de miel, ¿de dónde saco para pagarlos? El director indiferente, leyendo el periódico mientras Julián le pedía, implorando, un salvavidas. Eso no es problema mío. Que menos sueldo, que una hora más al día, que por favor, al menos mientras se logra ubicar en otra cosa. No, imposible. En quince días puede pasar por su liquidación. Y quince días después, una veinteañera ocupando su puesto. Luego el obligado trasteo, las inútiles hojas de vida inundando los correos de sus amigos y allegados, la silenciosa procesión de Gabriela, su apoyo incondicional, el descenso a la miseria juntos. Eso no podía quedarse así.

¿Cuánto vale este pirobo ahora?, repite Romeo, y ríe con fuerza y con odio. Julieta, muy cerca a Romeo y a Montaña, vigila el círculo de rehenes. Montaña mira a Romeo desde el piso. Buena la perra que ocupó su puesto, ¿sí o no, Almanza?, dice con voz nerviosa. El rostro de Romeo se desfigura. ¡Cállese, Montaña cabrón!, grita Romeo, y se acerca y le escupe en la cara. Usted no es nadie, nunca valdrá una soberana mierda en este mundo, increpa Montaña, con el mismo tono de antes. Valdrá mucho usted, perro hijueputa, responde Romeo.

Le voy a dar algunos motivos para que reflexione, dice, contemplando su revólver mientras lo acaricia y hace girar el tambor repetidas veces. Para que entienda por qué usted ni siquiera es mierda. En la mierda todavía hay algo de vida. Usted hace rato que se secó por dentro. La bala que queda en el revólver le reventará el cráneo pero usted ya está muerto. Los rehenes terminan de entregar sus pertenencias. Julieta obliga a Bermúdez a meter todo el dinero de las cajas en la bolsa. Nada de juegos, le advierte. Romeo pone el tambor en su sitio y empuña el arma hacia la cabeza de Montaña. Algunos de los rehenes lloran, suplican. Motivo número uno, dice Romeo. La cliente vieja del primer turno grita, intenta pararse pero Julieta la detiene en el acto. Romeo aprieta el gatillo. Suena un clic seco. Romeo le sonrío a Julieta. Voltea de nuevo la cabeza hacia Montaña, que ha cerrado los ojos y tiene la frente empapada en sudor. Motivo número dos, dice con sorna Romeo. Montaña mueve su cabeza involuntariamente hacia un lado. Romeo dispara de nuevo. Nada. Solo el alboroto de la vieja acompañado del llanto de la clienta joven y la aseo del banco. Anda como de buenas hoy, ¿no, Montaña?, dice Romeo. Veamos cuánto le dura la racha. Apunta de nuevo hacia la frente de Montaña. Motivo número tres, Montaña no puede contener el llanto. Clic seco. Julieta apura a Bermúdez, divide su atención entre el círculo de rehenes y la bolsa negra, de nuevo apura al hombre, esta vez con un insulto. Motivo número cuatro. Bermúdez se acerca a Julieta y le entrega la bolsa angustiada. Busca regresar al círculo de rehenes pero Julieta no lo deja. No tan rápido. Saca dos bombas de humo de su bolso, se las entrega a Bermúdez y guarda la bolsa en la maleta. Bermúdez se rehúsa, intenta devolverle las bombas

a Julieta pero ésta lo amenaza con el revólver. Un chorro de orines corre por la pierna de Montaña, quien continúa con los ojos cerrados e inundados en lágrimas. Este man no tiene modales, Julieta, dice Romeo haciendo un gesto de asco. Qué porquería. El chorro ya ha alcanzado el piso y se escurre hacia Romeo. Aprieta el gatillo. No hay disparo. Los rehenes empiezan a perder el control. Montaña también. Máteme de una buena vez, por favor, máteme ya, no aguanta más y rompe en un llanto agrio, desolado, deje ya esta mierda y métame la bala ya mismo, por Dios santo. En sus ojos ya no queda nada de la altanería que mostraba unos minutos antes. El revólver es quien habla, dice Romeo. Motivo número cinco. Julieta le dice a Bermúdez que arroje las bombas hacia la puerta. Bermúdez titubea, está pálido, mira con miedo las bombas que lleva en sus manos. ¿Un empujoncito, maricón?, dice Julieta agresivamente, y se acerca a él con el revólver empuñado. Bermúdez las lanza, explotan, se tira al suelo. Montaña sigue llorando con la cabeza inclinada sobre el pecho. Romeo se acerca y lo obliga a levantarla con el cañón del revólver. Clic seco. Última oportunidad, dice Romeo casi en un susurro. Alejandra irrumpe en un llanto violento, persistente. El humo empieza a expandirse por todo el banco, los sollozos de los rehenes se confunden entre sí, no es posible saber si lloran por miedo, por impotencia o por física necesidad. Motivo número seis. El llanto se generaliza en el círculo de rehenes, se oye una súplica, detenga esto, no más, no más, tenga piedad. El humo se hace insoportable. Los rehenes ya no aguantan más y empiezan a moverse desesperadamente por todos lados, tosen, una gran confusión se apodera del lugar, no hay manera de escapar hacia ningún lado, el

tipo gordo agarra una silla y la arroja contra uno de los vidrios, el mechudo sigue su ejemplo y tira una papelera, uno de los asesores levanta una pantalla y la lanza con todas sus fuerzas, Bermúdez se une a la multitud desesperada, Julieta se quita la peluca y las gafas, Romeo aprieta el gatillo, clic seco, Montaña se derrumba en el piso, estupefacto pero aún respirando. El humo lo cubre todo. Los rehenes persisten en su intento por romper los vidrios pero aún no lo consiguen. Seis motivos, Montaña. Romeo tira el revólver y las gafas a cualquier parte, las lágrimas de Montaña se intensifican, el dominio del humo crece implacable, se escucha un estruendo de vidrios rotos, Romeo lleva la maleta entre sus brazos y junto con Julieta se aproxima a la salida, Julieta saca una nueva bomba del bolso y la lanza hacia afuera, ambos salen del banco, no se ve a Montaña por ningún lado, y en medio de la confusión y la humareda nadie reconoce a los asaltantes que se escabullen por entre las patrullas y el aguacero que se ha tomado Bogotá.

Último paso

Un insistente zumbido de taladro lo despertó. Con debilidad observó el reloj de péndulo sobre la cama. Seis y cuatro. Maldita suerte la suya. Las remodelaciones del piso de arriba habían empezado temprano. ¿Cuánto durmió? ¿Un minuto? ¿Cinco? ¿Quince? No más de una hora, de eso estaba seguro. Cuando se deja de dormir por varios días el sueño se escabulle como un gato. Había pasado una mala noche, de lucha contra las sábanas que se pegaban a su cuerpo y los pensamientos que aturdían su cerebro al vaivén del péndulo del reloj en las largas horas del insomnio. Escenas recurrentes de un mendigo fabulando apocalipsis y un hombre recostado en la banca de un parque. Se sentía exhausto, como si hubiera pasado la noche sobre una superficie de piedra.

Se levantó por un vaso de agua. Era difícil encontrar uno limpio entre el desorden de loza y optó por beber de la palma de su mano. Se lavó la cara. Ojeó el cuarto. Cajas de comida regadas por el suelo y el comedor. Ropa por todas partes. El teléfono que descolgó a propósito, fastidiado por las insistentes llamadas de su jefe. Un desconocido sin afeitarse, con el pelo sucio y enmarañado, lo miró desde el espejo junto a la cama. Era un desastre. Su cuarto y su rostro y su vida.

Fue al baño y entró a ducharse para espantar el sueño y el horror de la visión reciente. El agua cálida que se derramaba por su cuerpo abrió en su mente la luz de un tiempo distante. El río tibio en la mañana. Madrugar para sentir su murmullo. Sus padres felices de llevarlo al lugar en el que se besaron por primera vez. Dos años después, el suicidio de su madre. Sus ojos abiertos, su cuerpo desgonzado sobre la cama y una espesa baba verde corriendo por su mejilla. En el fondo, ruido de lluvia. La escena tan nítida y desoladora como el primer día, hacía exactamente veinte años y una semana. El agua de la ducha se confundía con el río, con la baba, con las lágrimas del entierro y de las tardes solitarias.

Al terminar de bañarse salió por su ropa. Sentado en su cama miró a la distancia a través de la ventana. El edificio del frente no solía verse tan imponente. ¿Dónde estaba el río? Nunca desaparecía. O al menos eso creía él. Sintió que se quedaba sin fuerza. Por un instante perdió el control de su cuerpo y cayó, golpeándose en la sien contra el borde de la cama. Permaneció en el piso durante largo tiempo, frotándose y maldiciendo su suerte. Algunos pensamientos confusos se movían en su mente.

Cuando tuvo fuerzas suficientes para incorporarse, fue al baño a beber de nuevo un poco de agua. Un agudo dolor se había asentado en su cabeza. Mientras abría el grifo, la imagen vaporosa del espejo lo increpó. Fruncía el ceño y sonreía mordazmente, como un mimo asesino.

— ¿Acaso no te das cuenta de que tu cerebro está encogiéndose? Qué estúpido eres. Tu cerebro y el cuarto también. ¿No crees que ya es hora de seguir los pasos de tu madre?

La imagen estalló en carcajadas. Un instante después, sólo se veía su rostro desconcertado. Se quedó mirando el espejo. El cuarto encogido. Encogido su cerebro. El cuarto. No era ninguna estupidez. La idea dio vueltas por un rato en su aletargado cerebro. Tenía que hacer algo para descifrar lo que estaba sucediendo. Un zapato. Sí. Se le ocurrió que un zapato tal vez podría ayudarlo. Salió del baño, tomó uno que encontró bajo la cama y se dirigió hacia la ventana. Apoyó los talones contra la pared y avanzó. Cinco pasos tipo talón-punta. Si en diez minutos el zapato se mantenía a esa distancia todo era producto del insomnio y tendría que rogarle a su psiquiatra por un somnífero. Se sentó a esperar que pasara el tiempo.

Hipnotizado por el sonido del péndulo, encendió un cigarrillo. Durante cuatro minutos el mendigo y el hombre del parque invadieron su mente con mayor viveza que durante la noche. Ahora veía que el mendigo vagaba por una calle solitaria, y sentía las enormes ganas de vomitar que agobiaban al hombre recostado en una banca de piedra, completamente ebrio. Cerró los ojos por un instante. Al abrirlos vio algunas palomas que picoteaban a su alrededor. Cerró los ojos de nuevo, sacudió la cabeza y se frotó la sien adolorida. Le dio una profunda chupada al cigarrillo, jugó con el humo por un instante y exhaló. Los recuerdos del

mendigo y el borracho se mezclaban con algunos de su infancia, de su madre que sonreía, que le hablaba mientras le escurría baba verde por la boca y sus ojos se abrían más, y más, y más.

El dolor en la sien se había estabilizado pero todavía le punzaba. Iba ya por la mitad del cigarrillo cuando de nuevo el ruido interminable del taladro se desató arriba. Todos los días lo mismo. El péndulo del reloj y el sonido del taladro parecían la banda sonora del infierno. Eran como un virus incurable para sus neuronas. Su madre, el mendigo y el borracho empezaron a gritarse.

Los diez minutos se cumplieron. El momento de la comprobación había llegado. Adolorido, se acercó a la pared con paso tembloroso.

“Uno... dos... tres... cuatro. Mierda”.

En medio del estupor vio a su madre que sonreía y mostraba unos podridos dientes manchados de baba verde. Decía, con voz seductora, ‘ven, hijo, ven, ya es hora, no me hagas esperar más’. No supo qué hacer para borrar lo que su mente disparaba a quemarropa. Quiso arrancar sus cabellos. Quiso desgarrarse la garganta con un grito seco. Abrió la ventana buscando un poco de aire fresco. En ese instante pasó un mendigo por la acera de enfrente, a la sombra del cada vez más imponente edificio. Arrastraba un carro lleno de basura y gesticulaba como si hablara con alguien, gritando con voz carrasposa como una roca:

— Las señales del fin nos atacan por doquier. Los perros del ejército satánico, sedientos de sangre y de lujuria por la muerte, ya corren tras nosotros. El pus de nuestras enfermedades usurpa el aire, atrae a las pululantes moscas de la depravación y el delirio. El fin, el fin. ¡El fin está cerca!

No aguantó más. A su alrededor surgieron gigantescos adefesios que se retorcían con violentas carcajadas y amenazaban con triturar su cráneo y deglutirlo. Arriba, el ruido del taladro explotó de nuevo. Miró hacia atrás. Los monstruos se amontonaban a su alrededor y las paredes del cuarto se acercaban, lo arrinconaban contra la ventana, con un estruendo de mil demonios. De afuera llegaba un rumor que se incrementaba a cada segundo. El edificio. Sentía su estómago como un pozo de bilis a punto de desbordarse. Las paredes apretándose sobre él, el reloj observándolo y burlándose, el estruendo del edificio y del péndulo y del taladro y de los adefesios cada vez más insoportable, con las paredes tan cerca de él, tan encima, a punto de aplastarlo. Sin pensarlo, tomó impulso y se lanzó por la ventana.

En ese instante, en algún lugar de la ciudad, un hombre todavía borracho por el exceso de la noche anterior y a punto de vomitar se despertó en un parque atestado de palomas, al sentir que caía por el aire sobre una calle solitaria.

Un ocaso

No sabe con exactitud cuánto tiempo ha transcurrido desde que el sol fue sepultado en su cárcel de ceniza y barro, silenciosamente y sin funeral, aunque los crujidos de los desgastados huesos de sus piernas, como de ratas que mastican, le dicen que las horas han sido largas. Sí, la noche fue interminable y la desolación la obligó a encender una vela, tal vez buscando compañía, tal vez queriendo espantar la nostalgia. La penumbra agrandó la soledad de la casa en la que vive desde hace varios años, alejada de sus amores y sus odios, y tuvo que arrastrar sus pies a la cocina y buscar los fósforos que despertarían el color de las cosas. No pudo dormir. Permaneció despierta como si se hubiera consagrado a velar al sol recién enterrado, sintiendo un frío como de otro tiempo en lo más hondo de su pecho. Así se quedó en la penumbra hasta que los cantos de los pájaros anunciaron la victoria de la luz, y bajo el augurio de un inmenso cielo azul sus venas enmohecidas por los años se reconfortaron, y sus piernas, antes rechinantes, se arrojaron con el manto de los rayos luminosos del sol que parecían agradecerle por el tributo de vigilia recibido.

Observa por la ventana con mirada ausente, perdida en sus recuerdos, en esa memoria que suele imaginar como una vieja biblioteca desordenada. Los palpa como si fueran lomos de libros vencidos por el polvo, regados por el laberinto de su pasado. Sus ojos se detienen en el jardín. El viento juega con un capullo. Lo lleva con delicadeza de un lado a otro, como un niño a su cometa,

una, dos, tres, innumerables veces, formando círculos que parecen no tener fin. El capullo se estremece, lucha contra el viento y contra sí mismo, como si no quisiera ser perturbado. Pero el viento es más fuerte. La vida que recorre su tallo y surge de las profundidades de la tierra siempre triunfa y poco a poco los pétalos escondidos del capullo florecen y se abren y miran al cielo y reciben de lleno los rayos del sol. La rosa se ha despertado de su sueño de siglos y ella, la que buscó refugio en la pálida luz de una vela durante la noche, estuvo allí para presenciarlo. La emoción la lleva a recordar el día en que su esposo, ahora polvo en las profundidades del mar, le ofreció como regalo de matrimonio un ramo de rosas rojas como fresas jugosas. Y también a sus hijos en la infancia correteando por las escaleras de la enorme casa en que vivían mientras reían y gritaban. Quiere tomarse un té. Quiere llorar y no dejar de hacerlo.

Pronto estará junto a ellos. Eso le dijo el susurro que la visitó unas horas antes y que se metió en la casa por entre los resquicios de las ventanas y las puertas. Era poderoso y persistente, como si tuviera alma, y se asentó en la casa sin resistencia en la hora en que el firmamento se cubría de nubes preñadas de lluvia. Sus piernas se estremecieron como cuerdas de guitarra, su sangre corrió por sus venas cual río crecido. Mientras desgrana la mazorca que comerá más tarde, las palabras de Francisca, la vieja criada de la hacienda de sus padres, resuenan en los pasillos de su memoria: “Cuando la sepulturera te susurre, niña, es que pronto se acabarán tus hilos”. Sus hilos, sus hilos que se acaban, se acaban...

Se sienta en la mecedora. Saborea su última comida y enciende el tabaco que su padre le regaló al regreso de la guerra. Ese día se prometió a sí misma que en la víspera lo encendería para aspirar el humo en el que pronto ella misma se disolvería. El silencio ha empezado a sepultar de nuevo al sol, cansado ya de resistirse. El tabaco se consume entre sus dedos. No le queda ninguna duda: la rosa se despertó y le dijo adiós. Se acaban, se acaban. El vaivén de la mecedora dispersa el humo, el polvo, la vida. Tan solo espera ser sepultada con el fuego eterno, silenciosamente y sin funeral, en los abismos del olvido y en las entrañas de la tierra.

Con toda, perritos

*El fútbol no es una cuestión de vida
o muerte, es mucho más que eso.*

Bill Shankly

Ese día el Negro Flores llegó tarde al colegio. No había pasado una buena noche debido al regaño de su mamá cuando revisó sus cuadernos y se encontró con la queja del profesor Ortiz, el de español. “Diego Fernando no leyó La Isla del Tesoro. Es poco probable que alcance a pasar el período”. Con ése ya eran tres los libros que no había leído en el año. Tanto trabajo que me cuesta, Diego Fernando, yo moliéndome el lomo para comprarle esos libros y usted sólo pensando en jugar fútbol, igualito a su papá, y hablando todo el día de ese tal Zimán. Zidane mamá, Zinedine Zidane. No me interrumpa, me importa un carajo cómo se llama ese señor, sea considerado Diego Fernando. Qué mala noche. Por eso había llegado tarde, tenía frío y sueño y un poco de culpa también.

En lo único que pensó durante el primer bloque fue en el descanso, en que ojalá pudiera reunirse con sus amigos, pues por la mañana no había alcanzado a hablar con ellos del asunto importante que se traía entre manos. De la clase de biología solo le quedó el recuerdo de las bolitas de papel que estuvo haciendo mientras el profesor Jiménez explicaba quien sabe qué cosas de la digestión humana. La clase de geografía no habría dejado ningún registro en su memoria

de no ser por la pregunta, la capital de Italia, señor Flores, que lo tomó desprevenido y que respondió de cualquier manera. Pocos compañeros pudieron contener la risa con el acceso de rabia del profesor quien, a manera de represalia, le asignó una exposición para el día siguiente, me trae una lista de todas las capitales de Europa, señor Flores.

El timbre sonó a las 9:30 en punto y el Negro salió corriendo del salón con la manzana que tenía de medias nueves a la tienda de los quintos y los sextos. Ahí estaban el Jirafa y Cauchola, pero ni rastros del Mono Pérez ni de Botilín, cosa extraña porque siempre llegaban de primeros a gastarse los dos mil pesos que les daban. Qui'hubo parces, ¿todo bien? Ya llegó el Negro a gorrear Chocorrano, dijo el Jirafa y lo miró mal, y alejó el paquete pero luego se rió ofreciéndole un pedazo. Aún masticando, el Negro empezó a hablar. Ustedes me entienden, desayuné a las cinco con mi mamá, solo un agua de panela y un pan. Sí, ya nos sabemos el cuentico, dijo Cauchola con expresión seria en su rostro. Te las vas a dar de actor ahora, pues, dijo el Jirafa. Dame más bien de tus chitos, Caucho, que les tengo noticias, dijo el Negro. Me crucé con el Tanque López cuando venía al colegio por la mañana. Cauchola daba sorbos a su jugo de pitillo, estará rabón, dijo, y sorbió de nuevo y comió sin decencia algunos chitos. Que quieren la revancha, dijo el Negro, dándole un mordisco a su manzana y robándole más chitos a Cauchola. Que esta vez le metamos gaseosa y empanada de las de Don Peter porque las de la Gorda Julia son muy chandas. ¿Y cuándo?, preguntó Cauchola, sacando más chitos. Hoy a las cuatro donde la vez pasada. Yo tengo

que estudiar, dijo el Jirafa. Yo no tengo plata, y me duele el pie del patadón que me metió Gómez el domingo, dijo Cauchola. No podemos calcetearnos parces, dijo el Negro mientras tomaba otro pedazo de Chocorrano, yo ya acepté, revancha es revancha. Estoy a un pelo de perderme el Nintendo que me prometió mi papá, dijo el Jirafa, no quiero quedarme sin Nintendo. Yo ya no tengo plata, dijo Cauchola, y si perdemos, paila. Eso ganamos, parceritos, dijo el Negro, el domingo jugamos como los dioses. Qué partidazo, ¿no?, replicó el Jirafa. Sí Jirafita, dijo el Negro robándole un poco de jugo a Cauchola, mano de goles los que te hiciste. Y tú sí que tapaste Cauchola, dijo el Negro, que sabía que el dolor de pie se olvidaba con un halago. Ah, ¿qué hacemos?, dijo el Jirafa, ya me dieron ganas de jugar pero no puedo demorarme. Jugamos a diez goles nomás, dijo el Negro, y si es el caso, Cauchola, yo te presto para que pagues. No tienes para pagar ni lo tuyo, Negro gorrero, dijo Cauchola riéndose y empujando al Negro cariñosamente. Es que no vamos a perder.

El timbre anunció el final del descanso y los tres regresaron a sus salones. Ni el Mono ni Botilín dieron señales de vida. Ya aparecerán a la hora de la salida, pensó el Negro mientras salía del baño. La clase de historia pasó en medio de la batalla de un puñado de griegos contra el gigantesco ejército persa de Jerjes en las Termópilas, nada interesante comparada con las que había visto en el Libro de los Mundiales, de portada verde chillón, que su padre le había regalado en su cumpleaños junto con la camiseta de Francia, el último campeón del mundo. Casi nunca se veía con su padre, pero las pocas veces que iba a visitarlo lo sorprendía

y llegaba con un balón, o unos guayos, o una entrada al clásico capitalino. Una verdadera batalla habían sostenido los uruguayos en 1950 sobre los verdes pastos del Maracaná contra el mejor equipo del mundo, respaldado por más de ciento ochenta mil espectadores sedientos de gloria, convencidos de ser campeones mucho antes de jugar el partido, doblemente convencidos al empezar ganando la tan anhelada final. Y después, el marcador remontado por los aguerridos uruguayos, el pitazo final, el estupor, la angustia, los suicidios cariocas, la posterior condena al ostracismo de Ademir, el arma letal de los auriverdes con ocho goles en seis partidos. Gracias al Libro de los Mundiales sabía lo que eso significaba y pudo responder la pregunta del examen sobre la democracia en Grecia escribiendo que “ostracismo es el desprecio de todo un pueblo por un hombre cuando la embarra, como el que sintieron los brasileños hacia Ademir después del mundial del 50”.

Y luego, la clase de matemáticas y la de sistemas, que tanto le gustaba. Le enseñaron a realizar diapositivas en PowerPoint y a hacer búsquedas en Altavista. No desaprovechó la oportunidad para hacer desorden con sus compañeros de al lado, que celebraron su absurda respuesta en la clase de geografía por haberles alegrado el rato. Faltaban cinco minutos para que sonara el timbre de salida y el Negro no aguantó más. Le entró el desespero. Caminaba de un lado a otro, una y otra vez, una y otra vez, anhelando que quizá de esa manera el tiempo se acelerara. Se puso a mirar los trabajos de sus compañeros, a molestar a Milena, la gordita del salón que a veces le regalaba dulces o le

escribía notas pero que él nunca se tomaba en serio, charló con la profe que hasta bonita estaba ese día. De repente, la señal de la libertad. Todos afuera.

El Negro se encontró con Cauchola en medio de la cancha de básquet, rodeados por el bullicio de los demás estudiantes. ¿Vas a jugar al fin o te arrugas, niñita? Salieron del colegio y giraron a la derecha, caminando dificultosamente por entre la multitud de niños y la gritería. Ni niñita ni me arrugo, respondió con severidad. A las 4 nos vemos. Ambos sintieron un golpe en la cabeza. Era el Jirafa, que sonreía. Les dio otro calvazo. ¿Entonces qué, perros? ¿Listos pa'l cotejo? Claro que sí, dijo el Negro al mismo tiempo que se sobaba la cabeza, tenemos que hacerla igual que el domingo. Cauchola miraba al piso, pensativo. Desde lejos, acercándose, sonaba el tilín de una campana. Tienes que soltarla más rápido, Negro huevón. Por tu culpa cagamos muchos goles. Deja la maricada, Cauchola, dijo el Negro, dándole un golpe en el brazo derecho. Cruzaron la calle. Siempre se la pongo al Mono o se la centro al Jirafa si me acompañan. El Jirafa chupaba un Bon Bon Bum, pero intenta centrarla mejor, Negro patichueco, te sale uno de diez. El Negro se rió, que man pa' exagerar, Jirafa, te puse como ocho goles la vez pasada. Dos nomás, respondió el Jirafa, y chupó de nuevo el dulce. Los demás los hice yo solito. El tilín se hacía cada vez más fuerte, y sobre la esquina siguiente divisaron un carrito de helados, empujado por una vieja grande, parsimoniosa. Jugamos a diez nomás, ¿cierto?, preguntó Cauchola, todavía pensativo. Sí, Caucho, relájate hermano, respondió el Negro. Veci, deme tres paletas, porfa, dijo el Negro al llegar junto a la vieja. ¿Me

prestas pa' pagar, Jirafín?, dijo. El Negro siempre invitando por cuenta mía, ¿no?, dijo el Jirafa, y sacó algunas monedas de mala gana. Tenemos que estar finitos, compadres, prosiguió. Recuerden que no me puedo demorar mucho. ¿Saben algo del Mono o de Botilín?, preguntó el Negro, alarmado al recordar que no los había visto a la salida. No, Negrito, dijo Cauchola. Creo que no vinieron al colegio.

Caminaron durante diez minutos más. Al llegar a la plazoleta del barrio, botaron los palitos y el papel de la paleta, y se despidieron. Quedaron en verse a las tres y cincuenta en el parque para ultimar detalles. El Negro tomó rumbo a la casa de Botilín. Timbró, y luego de una espera de algunos segundos, le abrió Doña Mercedes. Cómo está, Diego Fernando, ¿qué se le ofrece? Doña Mercedes, buenas tardes, vengo a averiguar por Botilín. No le diga así a mi Juanfer, respondió molesta. Tiene gripa y debe descansar. Con permiso. Doña Mercedes se disponía a cerrar la puerta. Vengo también a traerle las tareas, Doña Merceditas, se apresuró a decir el Negro. ¿Puedo subir a entregárselas? Doña Mercedes hizo una mueca. Pues será. Está en su cuarto.

El Negro subió apresuradamente y encontró a Botilín acostado en su cama bajo las cobijas, con un gorro de lana en su cabeza. Huy Botilín, estás en la inmundia, perrito. Botilín volteó su cabeza hacia la puerta, sorprendido, pues no esperaba visitas. Qui'hubo Negrito, acá aburrido con esta gripa, respondió débilmente. ¿Qué más? Bien, Boti, acá viniendo a saludarte. El Negro se sentó en una silla junto a la cama. ¿Y muy grave o qué?, preguntó con voz seria. Pues

ni tanto, Negrito, vino el doctor Rodríguez y le dijo a mi mamá que era de dos días de cama y aguepanela y ensaladas, pero ya sabes cómo se pone la cucha con estas cosas. Paila entonces las Lecheritas, yo que te traía dos paquetes, dijo el Negro, y se echó a reír. Se puede hacer una excepción, mi Negro, dijo Botilín, e intentó reírse pero un acceso de tos lo interrumpió. Entonces ni modo de que juegues hoy, compa, dijo el Negro, sombrío. ¿Jugar? ¿Hoy?, preguntó Botilín. Sí, Boti. El Tanque me propuso la revancha. Ah no jodás, Negro marica, replicó Botilín. ¿Es en serio? Sí, dijo con preocupación el Negro. No, parce, respondió Botilín. Yo creo que paila. Con esta gripa, y mi mamá allá afuera pendiente... Sí, eso veo, dijo el Negro. Mejor te cuidas esa gripa porque está como grave. Te encogió las pelotas y todo, dijo sarcástico el Negro y soltó una nueva carcajada. Botilín se quitó el gorro y se lo lanzó al Negro a la cara. Negro huevón. Haz un esfuerzo, Boti, replicó el Negro. Te necesitamos ahí para que no dejes pasar a nadie. Botilín tosió pero intentó disimular el acceso, hacerse el fuerte. Tiró las cobijas al piso, enderezándose. Yo quiero jugar, dijo, algo tenemos que hacer. Es a las 4, dijo el Negro, un poco más animado por el interés que Botilín demostraba. Tú fresas que yo crema, mi Negro, dijo Botilín con una sonrisa, allá nos vemos. No se te olvide llevar el balón, replicó el Negro. Con ese Golty no perdemos nunca.

Bajó corriendo al primer piso y cerró de un portazo, sin despedirse de Doña Mercedes. Se fue apresurado a la casa del Mono Pérez, una de las más grandes del barrio. Al Negro le gustaba mucho el jardín, sembrado y protegido con gran

esmero por Doña Estelita, la abuela del Mono. Después de cruzar con cuidado la calle, encontró a la vieja sentada en su mecedora de siempre, en medio del antejardín, tomando el sol con uno de los dos gatos siameses de la casa recostado sobre sus piernas. Buenas, Doña Estelita. Dieguito, mi amor, ¿cómo estás? Bien, bien, Doña Estelita. ¿Usted cómo se encuentra? Pues ahí vamos, mijito, todavía respirando, dijo, soltó un suspiro y acarició al gato. ¿Dónde está Manu?, preguntó de repente la vieja. Pues venía a buscarlo, Doña Estelita, dijo el Negro confundido. ¿No está aquí? La vieja alzó al gato y se levantó lentamente. No, mijito, se fue temprano al colegio y no ha vuelto. Ah, juemadre, dijo en voz baja el Negro, pensativo. ¿Quieres unas galleticas? ¿Un juguito?, preguntó Doña Estelita mientras jugueteaba con el gato, aún dormido. No, Doña Estelita, muchas gracias, vengo de pasada. ¿Dónde está Manu?, preguntó de nuevo Doña Estelita y soltó al gato, que empezó a caminar con pereza hacia el jardín. Ve, Melquiades, ve a buscarme a Manu. ¿Puedo pedirle un favor, Doña Estelita? Sí, mijito, lo que quieras. Apenas regrese el Mono, ¿le puede decir que si me busca en la cancha, a las 4? Bueno, mi niño, yo le digo. ¡Melquiades! ¡Melquiades! ¡Quieto con esas matas! Chivato éste.

El Negro le dio un beso en la mejilla a Doña Estelita y se fue, cabizbajo. Mono berraco, pensó. Otra vez capando clase. ¿Qué se habrá hecho? Se asomó por el local de maquinitas que quedaba en la plazoleta. Allá iba el Mono casi siempre que se escapaba. No lo encontró. Pasó luego por la heladería del señor Gutiérrez. Don Victor, saludó el Negro. ¿Ha visto al Mono Pérez por acá? El

tendero negó con la cabeza, sin prestar atención. Tiene que aparecer, pensó preocupado. Ese Mono es un mago, nunca le quitan el balón sin hacerle falta.

Finalmente, el Negro llegó a su casa. No había nadie, como era habitual. Tiró al sofá de la sala su maleta desvencijada por el uso de varios años, bostezó y se dirigió a la cocina. En la nevera encontró dos platos cubiertos de papel aluminio. Sopa de plátano. Pollo sudado con arvejas y arroz. Junto a ellos, un vaso de jugo de mora, su favorito. Sacó los platos, los desenvolvió, buscó las ollas bajo la estufa. Con sumo cuidado, como le había enseñado su mamá para evitar accidentes, encendió dos fogones, y una vez que hubo salido la flama, le dio un sorbo al jugo. En esas estaba cuando sonó el teléfono.

Corrió a la sala. ¡El Mono!, farfulló, y levantó la bocina. Hola mi amor. ¿Mamá? Sí, soy yo, ¿a quién esperabas? No, no, a nadie. ¿Cómo estás, mi vida? Bien. ¿Ya almorzaste?, ahí te dejé los platicos envueltos en la nevera. Sí, mamá, ya los estoy calentando. Habrás prendido los fogones como te dije, ¿cierto? Sí, mamá, todos los días los prendo como me has dicho mil veces. No sea contestón, Diego Fernando, a mí me respeta, me hace el favor... Pero mamá, yo... este culicagado anda de un grosero, uich, Dios mío, no sé qué voy a hacer con usted, Diego Fernando, Virgen Santísima... Perdón, mamá, no lo vuelvo a hac... Más le vale, Diego Fernando, porque a la próxima le vuelo el mascadero y lo meto al colegio militar a ver si... Ay, mami, todo bien, por fa discúlpame, discúlpame en serio. ¡Eh!, cosita con este vergajo, ole, ¿tiene tareas? Sí, mamá, almuerzo y me

pongo a hacerlas. Más le vale, Diego Fernando, tenga por seguro que cuando llegue revisamos. Bueno, mami. Y juicioso en la casa, ¿no?, arregle su cuarto y deje todo listo para mañana. Sí señora, yo lo dejo listo. Bueno pues, un beso pues mijito, nos vemos más tarde.

Colgaron. De la cocina salía un leve olor a quemado. El Negro apagó los fogones rápidamente, tomó un limpión de la despensa y retiró las ollas con cuidado. Después de ponerlas sobre el lavaplatos y esperar a que se enfriaran, agarró la loza que había dejado en el mesón y sirvió el almuerzo.

Cuando terminó de comer, el reloj marcaba las dos y veintiocho. Hago la tarea rápido, llamo al Mono a ver si ya está en la casa y me voy para la cancha, pensó. Dejó los platos sin lavar en la cocina y se fue a la pequeña biblioteca que tenía su madre en el cuarto. Entre viejos best-sellers del Círculo, libros de Paulo Coelho y enciclopedias, el Negro ubicó el destartalado atlas de El Tiempo que su madre había coleccionado pensando en sus futuras labores escolares. Durante algunos meses el Negro se embelesó con los mapas, con los nombres de tierras desconocidas que intentaba imaginarse detalladamente, con los países lejanos que había visto jugar en televisión, cuando pequeño, en el mundial de fútbol de Estados Unidos. Pero poco a poco su interés decayó y ya solo lo consultaba cuando le era indispensable. Sacó el atlas del estante y se dirigió hacia la mesa del comedor, llevándolo sin cuidado del lomo entre sus dedos.

Dejó el atlas sobre la mesa y fue por su maleta. Una vez la tomó, se sentó en una silla del comedor, sacó su cuaderno de geografía, y de entre una multitud de lápices a punto de acabarse, de colores rotos y sin punta, de esferos medio vomitados de tinta, y de borradores inservibles, separó el lápiz más decente que pudo encontrar. Todo listo para empezar la tarea.

Lo despertó el timbre de la casa, que sonaba con vehemencia. Tenía la cabeza recostada sobre el cuaderno de geografía, cubierto de babas. El reloj de pared de la sala daba las tres y cincuenta y cinco. Mierda. El Negro se limpió la cara con la manga del saco y fue corriendo a abrir la puerta. Qui'hubo Negrito, ¿en qué andabas, pues?, saludó Botilín, severo peinado talco. Boti, parece, respondió el Negro, me quedé dormido y no hice la tarea de geografía, juemadre, e invitó a Botilín a entrar y cerró la puerta. Espérame aquí mientras me cambio. Botilín se sentó en una de las sillas del comedor y empezó a rebotar el balón contra el piso. Tenía la cabeza cubierta con el mismo gorro, un pantalón de sudadera negro descolorido y unos guantes de lana azul oscura. ¿Y cómo hiciste para salirte, Boti marica?, gritó desde lejos el Negro, ¿emborrachaste a tu mamá o qué? Botilín se ríe y dejó de rebotar el balón. No, Negrito, hice la típica, le eché seguro a mi cuarto y me salí con cuidado por la ventana. ¿Y no rompiste el techo?, preguntó burlón el Negro, y soltó una risa estridente. No, Negro huevón, respondió Botilín ofendido. No rompí ningún puto techo. Ayyy, se nos delicó el

nené, pues, no te sulfures, perrito, relájate. El Negro salió vestido con su camiseta de Francia, la misma pantaloneta de lycra a punto de romperse que usaba desde los nueve años, y los guayos As que le había regalado su padre en Navidad. Pura pinta de gala, ¿no?, dijo Botilín, y se levantó de la silla. Apúrale que vamos tarde. El Negro se encaminó hacia la puerta, y justo en el momento en que pasó junto a Botilín, recibió un puño en el hombro izquierdo. Por montador, Negro marica. Botilín sonreía mientras el Negro, aceptando la justa represalia, se frotaba hacia arriba y hacia abajo el brazo golpeado. Vamos, pues, Botilito rabón.

Al llegar a la cancha se encontraron con Cauchola y con el Jirafa, que esperaban sentados en una de las bancas del parque. ¿Hasta qué horas, perritos?, dijo el Jirafa haciendo como si señalara un reloj en su muñeca. Rótala, Gordo, gritó Cauchola, y Botilín lanzó fuerte el balón, con intenciones de golpearlo. ¿Y el Mono qué?, preguntó el Jirafa con preocupación. ¿Viene o no? Sí, Jirafita, no demora, dijo el Negro, estirando su pierna derecha, rogando desde lo más profundo que ojalá así fuera. ¿Esos manes ya llegaron?, preguntó. No, Negrito, todavía nada, dijo Cauchola, que se tiraba pases con el Botilín y con el Jirafa, que ahora se incorporaba al calentamiento. ¿Y por qué no fuiste a estudiar, Boti?, preguntó el Jirafa mientras hacía una veintiuna fallida. No, parece, tenía una gripa, respondió Botilín, y sorbió mocos. Menos mal era solo una, ¿no?, dijo Cauchola, y se rió, y todos se contagiaron de la risa chillona del Jirafa. Es en serio perritos, intentó defenderse el Botilín, que tampoco podía parar de reír. Pregúntenle al Negro y verán.

Jugaron al bobito un rato, primero el Negro en el centro, después Botilín, luego el Negro de nuevo. Tras algunos minutos escucharon una algarabía que cruzaba la puerta del parque. Llegaron, parceros, dijo Cauchola, y como hipnotizados detuvieron el balón y se quedaron mirando. Están completos, dijo Botilín, y el Mono nada que llega. Frescolas, Boti, dijo el Negro, el Mono no nos deja morir. Pues yo no estaría tan seguro, dijo el Jirafa, la otra vez nos dejó metidos por irse detrás de la Cindy. Los rivales seguían acercándose. Conversaban animados, se reían, se daban calvazos. Ya viene, ya viene el Monito, dijo el Negro intentando también convencerse a sí mismo. ¿Entonces qué, chinos?, dijo el Tanque López, imponente desde su 1.50 de estatura. ¿Listos pa' la revancha? Sizas, contestó Cauchola, lentamente, con seguridad. Ja, pero yo no los veo completos, dijo con sorna el Radio Quintero. ¿Sí pueden jugar así? Ya viene el Mono, todo bien, dijo el Negro. Bueno, igual no respondemos por equipo, dijo Gómez, que siempre llevaba los cordones de los guayos desamarrados. Sí, todo bien, dijo el Jirafa, y miró con brusquedad al Negro, como presintiendo que el Mono no llegaría a tiempo. Bueno, la vaina es así, empezó a decir el Tanque López, el que pierda paga empanada y gaseosa donde Don Peter. A quince goles. Juguemos a diez, dijo el Negro, después no vemos nada y fijo nos cantan goles falsos. ¿De qué habla, Negro desteñido?, dijo el Radio Quintero hurgándose la nariz. Bueno, bueno, a diez goles, dijo el Tanque López, previendo una discusión interminable. De una, contestó el Negro, píntela nomás. Les vamos es pero a pintar la cara, nenitos, dijo el Radio Quintero haciendo un

ademán con el dedo índice sobre el cachete. Juguemos a ver y no hablemos tanto, dijo Botilín. Primero hay que cuadrar lo de la apuesta, dijo Gómez, mientras se rascaba la cabeza. Sí, respaldó el Tanque López, nada de salir corriendo como la vez pasada, y miró al Negro fijamente. ¿Cuáles, parece?, dijo el Negro, sonrojándose, siempre les hemos pagado, los que se hacen los locos son ustedes. Más les vale, chinos, dijo Gómez, igual les cobramos como sea, y como nunca perdemos... Ja, todo bien, dijo Cauchola, entonces armemos las parejas.

El Jirafa quedó con el Radio, Botilín con el Tanque, Cauchola con Gómez, el Negro con el Flaco Nuñez, viejo conocido suyo y de Botilín pues había sido el arquero del equipo hasta el día en que se trasteó a la Unidad B y dejó de hablarles, y el Mono, si llegaba, con Restrepo. Restrepo era el más calidoso de los rivales, menudo, pelirrojo y crespo, de cabello enmarañado, apodado Krusty por sus amigos. A pesar de ser del equipo contrario era respetado por el Negro y los demás tanto por su talento como por su sentido de la justicia, pues no le gustaba hacer trampa y siempre cobraba las jugadas que eran. De no llegar el Mono, todos asumirían la deuda. ¿Empezamos o qué?, preguntó el Radio a modo de presión. Cinco minuticos, que ya llega el Mono, dijo el Negro, todo bien, y se fueron, cada uno de los grupos por su lado a ajustar los últimos detalles del partido. Bueno, vamos a meterle toda, perros, dijo el Negro con ese tono de capitán que siempre imponía antes de cada partido. Ya saben, la soltamos rápido, fácil, no te pongas a amagar allá atrás Boti que siempre te la gana Krusty, Cauchola sin miedo, ese Gómez es retronco y palomero y no te querrás ganar

otro patadón como el de la otra vez, y tú, Jirafa, aprovecha ese salto que siempre ganas los centros. Y tú, glorioso capi, a ver si aplicas lo que dices, dijo Cauchola, y todos se rieron a la par, con ganas. Este Mono marica no llega, dijo el Jirafa, ya se está haciendo tarde. Frescos, parceros, dijo el Negro, este partido lo sacamos porque lo sacamos.

Pasaron los cinco minutos y el Tanque se les acercó. No respondemos por equipo, dijo, hagámosle de una. El Negro y los demás no tuvieron más remedio que empezar. Se hicieron en el costado más terroso de la cancha, Cauchola y el Jirafa se quitaron el saco y Botilín hizo el arco, contando seis pasos de un saco a otro. No vayan a hacerlo más chiquito, ¿no?, le gritó el Negro al Radio, y le pidió a Botilín que fuera a comprobar el tamaño del improvisado arco de los rivales. Saquen ustedes, dijo el Tanque. Son menos. El Negro tomó el balón entre sus manos, miró hacia la puerta del parque, volteó la cabeza y observó uno a uno a sus amigos, todos con cara de preocupación. Vamos con toda, perritos, gritó, y puso el balón en el centro de esa cancha que tantos duelos había albergado.

El comienzo del partido no fue nada fácil. Krusty se sacaba a todos, les hacía amagues, cuquitas, en algún momento lo único en lo que todos pensaban era en bajarlo. Botilín, aprovechando su peso, le hizo frente y en una jugada lo empujó descaradamente. Gordo rabón, lo increpó el Radio Quintero y volteó a mirar al Tanque López, este man como no puede por las buenas le toca a lo sucio. Tuvo la intención de frentearlo, pero el Tanque se interpuso, cobró la falta rápido y le

hizo un pase a Gómez que aprovechó la desconcentración. 1-0. No te pongas a pelear, Boti marica, concentradito más bien, dijo el Negro mientras iba por el balón lejano detrás del arco, concentradito, parcerero. De nuevo sacaron, esta vez el Negro desbordó por la punta izquierda sacándose a Gómez y luego al Tanque, vio al Jirafa y centró, el Jirafa no llegó al balón y por detrás venía corriendo Botilín trabajosamente, con intenciones de patear, pero nunca llegó y dejó descubierta la defensa, Boti huevón, no hay marca atrás, el balón lo ganó el Radio y lo tiró arriba a Krusty que esperaba anclado en las cinco con cincuenta, y solo tuvo que pararla como él sabía y patear duro abajo, a la derecha de Cauchola. 2-0.

¡Bajen, maricas!, gritó Cauchola, molesto por no haber podido hacer nada frente a Krusty, si somos solo cuatro hay que marcar bien o quedarnos atrás, huevones, Botilín regresaba cabizbajo, con lentitud, pálido, estoy paila parceros, no creo que pueda terminar el partido, y sorbió mocos y escupió una plasta de flema verde, el Negro se acercó y le dio tres cachetadas cariñosas, deja de huevoniar, Botilín, vamos p'arriba, vamos p'arriba maricones. El Jirafa le quitó el balón de las manos a Cauchola y lo puso en el centro de la cancha. Con un ademán le indicó al Negro que se acercara para sacar. El Negro le hizo un pase a Botilín, que estaba muy mal parado y alcanzó a llegar por el balón pero con dificultad, Gómez se acercó a marcarlo, Botilín intentó hacerle un amague que no resultó, se cayó al piso, el balón quedó rodando sin dueño, Gómez fue tras él, dominándolo torpemente, y al ver a Cauchola salir como un caballo desbocado, punteó el balón. 3-0.

¡Golazo!, gritó provocador el Radio y se fue a abrazar a Gómez, que celebraba con euforia. ¿Qué te pasa, Gordo marica?, dijo bruscamente el Negro. Botilín, levantándose con dificultad, lo miró mal, Negro imbécil, me echas un pase re paila y ahora la culpa es mía, tienes huevo. El Negro se quedó parado junto al arco con los brazos cruzados, pa' qué te pones a amagar ahí, lo habíamos hablado. El Jirafa, con rostro severo, se acercó a ellos, bueno, ¡ya!, dejemos de joder pues y organicémonos porque si no nos van es a golear. Cauchola regresaba con el balón, sí perros, dejemos la huevonada, si vamos a perder pues perdemos, pero como hombres.

Durante diez minutos lograron mantener el marcador, aunque sin conseguir el descuento. Krusty seguía haciendo de las suyas, el Radio no paraba de provocarlos, de cantar faltas inexistentes, de insultar a Botilín y al Negro. El Tanque, por su parte, estaba inspirado, las ganaba todas, parecía adivinar siempre la intención del Jirafa, anticipaba las jugadas como todo un profesional. El Flaco Núñez bien habría podido irse a su casa. Su único asedio, el aburrimiento. Su único peligro, quedarse dormido. El Negro intentaba hacer algo, juntarse con Jirafa para generar alguna oportunidad de gol, gritar con ganas para motivar a sus amigos que parecían no creer en la posibilidad de remontar, sacar alguna jugada maestra y hacerse un gol de otro partido. Pero nada. El partido entró en un sopor que solo logró romperse cuando el Radio, buscando despejar un ataque fallido del Jirafa, pateó durísimo hacia adelante con tan buena suerte

que el balón desvió su trayectoria por un bache en el campo y dejó a Cauchola sin el más mínimo chance de reaccionar. 4-0.

¿Acabamos el calentamiento aquí, o qué?, dijo el Radio, y se echó a reír apoyado por Gómez y el Flaco. El Negro estuvo a punto de encararlo, la frustración lo embargaba y no podía soportar más las burlas. Botilín se interpuso. No seas huevón, Negro, tú haces lo mismo siempre que vamos arriba. A este paso nos van a blanquear, perritos, dijo Cauchola, enjugándose el sudor del rostro con la manga del saco. ¿Y entonces qué?, dijo el Jirafa, visiblemente molesto. ¿Dejamos así? Tan marica, dijo Cauchola, que nos goleen pero sin llorar. Vamos arriba con toda, perritos, hasta las últimas consecuencias.

Hubo algunos minutos de toque intrascendente, el Negro llegaba hasta tres cuartos de cancha y por física impotencia devolvía el balón hacia su arco, a Botilín o a Cauchola, anhelando que quizá ellos pudieran superar la muralla que el Radio y el Tanque habían levantado. Ese Mono nos jodió, Negro, dijo el Jirafa, triste. Por poco les empacan el 5-0 cuando, por intentar hacer un globito, el Jirafa había perdido el balón con el Tanque y éste, vislumbrando el pique que Gómez se pegaba, lanzó un pase al vacío que sobró a Botilín. Gómez alcanzó el balón pero se enredó con los cordones de los guayos, trastabilló y pateó el balón hacia cualquier lado, con tan mala puntería que el balón golpeó en la rodilla a Cauchola, que había salido a achicar, y se desvió hacia la esquina.

Esta vez fue Botilín por el balón, escurriendo mocos, y mientras regresaba al campo, como si en una batalla llegaran los refuerzos de un ejército a punto de ser derrotado, se limpió la cara con la mano y estalló en un grito emocionado. ¡El Mono! ¡El Mono, perros! Ahí venía, trotando, con ese pantalón grande que lo hacía ver más bajito de lo que era, con la camiseta que usó la Selección Colombia en Italia 90, con el pelo largo, desordenado, moviéndose al vaivén de la carrera. El Negro no pudo esconder la emoción que sentía, ¿viste Jirafín?, yo te dije que el Mono no nos iba a dejar morir. ¿Cuánto vamos?, preguntó el Mono apenas llegó al arco y saludó a sus amigos. Vamos por cuatro abajo, perrito, dijo el Jirafa con desánimo, a ver si te apuras más. Parceros, lo siento, dijo el Mono, mi abuelita me acaba de contar. ¿Y tú dónde andabas, Mono huevón?, preguntó el Jirafa, mirándolo con seriedad. Después les cuento, parces, dijo el Mono, y sonrió con malicia. Bueno, bueno, pero ánimo, ¡ahora sí, perritos!, gritó el Negro, recobrando el ímpetu que había mostrado antes de iniciar el partido, ¡vamos a sacar esta mierda adelante!

Y como siempre, el Mono hizo magia. El Tanque cobró el tiro de esquina y el Mono, mucho más bajo de estatura que el Radio, le ganó el cabezazo y salió disparado hacia adelante, como un tren, imparable, acompañado por el Negro y por el Jirafa que se abrieron por las bandas, ¡tócala, perrito!, gritaba el Jirafa, que recibió un pase preciso al pie derecho pero no logró rematar bien. ¡Vamos, Jirafín!, dijo el Negro, hay que empezar a cobrarlas, parce. El Tanque se desconectó, empezó a perder el balón fácilmente, a pelear con el Radio que no

desaprovechaba oportunidad alguna de protestar y de echarle la culpa de sus errores a los demás. Qué estás haciendo, Tanque, suéltala más rápido. Krusty, hermano, ¿se te descargó la pila o qué? Gómez huevón, ¿no me viste ahí en posición de remate? Krusty parecía un fantasma en medio de la cancha, silencioso, perdido en un abismo de impotencia, y Gómez, cada que la agarraba, hacía una torpeza y le dejaba el balón a Botilín o a Cauchola.

Desde abajo, Botilín gritaba y organizaba a sus compañeros, contagiado por la emoción que mostraba el Negro, ¡Jirafa, a tu izquierda!, ¡ahí está el Negrito!, ¡Negro marica, suéltala más rápido, maricón!, ¡ahí tienes atrás al Monito!, ¡eso, Mono, qué grande!, ¡remata de una, Mono huevón! Y el tiro, potente, a media altura, pasó por el costado del Tanque y dejó al Flaco atornillado en la mitad de su arco. 4-1. ¡Buena esa, perros!, gritó Botilín y abrazó a Cauchola. ¡Qué pepo!

El partido se puso áspero. El Radio golpeó un par de veces al Mono en los tobillos, fingiendo torpeza y falta de distancia, qué pena, chino, me sobró el balón, el Mono no se amedrentó y, callado, con esa tranquilidad que siempre mostraba, ponía al Negro y al Jirafa a jugar y a correr. El Negro metió dos centres igualitos, a buena altura, que el Jirafa no supo capitalizar, en uno gracias al codazo disimulado que le tiró el Tanque. Después dices que los haces solito, ¿no, Jirafín?, dijo el Negro, y sonrió. En una de esas, Botilín recuperó un balón en media cancha, se la filtró al Mono, que se sacó al Tanque de cuquita, hizo un amague rápido hacia la izquierda y le puso el balón al Jirafa, que no tuvo más que

tirlo a la derecha del Flaco, hacia todo el palo. 4-2. ¡Este man ya prendió la moto!, dijo el Negro efusivamente, y todos se abrazaron en un tumulto caótico y feliz.

Mientras celebraban, el otro equipo se reunió brevemente, se oyeron murmullos y luego un grito del Radio, ¿nos vamos a dejar joder de estos nenitos o qué, maricones?, Krusty tomó el balón en sus manos y se fue con Gómez al centro de la cancha, salieron tocándola, y Krusty, como si se hubiera despertado de su letargo, empezó a correr y a amagar y a amarrar la pelota como sólo él sabía hacer, se quitó de encima al Mono y luego al Negro, que siempre abría mucho las piernas cuando marcaba y se ganó su túnel, Botilín le intentó hacer cuerpo pero de alguna manera Krusty se las arregló para que siguiera de largo, y en el momento menos esperado, lanzó un tirazo que Cauchola, haciendo honor a su apodo, sacó como pudo.

El Negro y sus amigos ganaban terreno, tocaban rápido, con precisión, exasperaban al Tanque y al Radio que se hacían un ocho allá atrás marcándolos, el Flaco Nuñez intentaba organizarlos pero la confusión era tan grande que poco pudo hacer, el Mono puso una, dos, tres opciones de gol claritas que el Negro y el Jirafa desaprovecharon, y la última, el Flaco, muy bien parado, pudo sacar a la esquina. ¡A ver pues, Krusty, a marcar, si no estás haciendo nada allá arriba!, gritó colérico el Radio, todavía vamos ganando, no podemos dejarnos empatar. El Negro, con un gesto de la boca que tenía ensayado, le indicó al Jirafa que se la

iba a poner justo detrás del Tanque, que pretendía marcarlo, y con precisión de geómetra le dio al balón la inclinación perfecta para que el Jirafa saltara y cabeceara duro, por debajo del brazo izquierdo del Flaco. 4-3.

El Negro y el Mono abrazaron con fuerza al Jirafa. Qué golazo, Jirafín, dijo el Mono. Ya los tenemos ahí, parces, gritó el Negro, vamos a aprovechar. El Radio y el Tanque discutían. Krusty, callado, miraba hacia el piso y levantaba una polvareda con su guayo, ¿qué nos pasa, mijos?, ¿nos creímos ganadores?, dijo el Tanque ofuscado, a levantarnos pues, maricones. El Tanque agarró el balón con su manaza y desde el centro de la cancha pateó duro al arco de Cauchola, que estaba desprevenido y alcanzó a reaccionar estirándose, pero dejó el balón ahí nomás, y el rebote, que no fue despejado ni por Botilín ni por el Negro, que todavía celebraban el gol del Jirafa, le quedó a Gómez, que había salido a correr apenas vio al Tanque acomodar el balón, y sin mucho esfuerzo, con el arco a su completa disposición, dio un toque sutil que se adentró en el arco en cámara lenta. 5-3.

¡A qué jugamos, perros!, gritó Cauchola desde el piso, rojo de la rabia. No podemos desconcentrarnos así, todavía no hemos ganado nada, jueputa. Gómez fue por el balón y lo puso en el centro del campo, no más ventajas, parceros, le gritó a su equipo, y se paró en actitud defensiva junto a Krusty. El Negro no podía salir de su asombro, y duraron atontados durante algunos minutos en los que por fortuna no pasó nada. Tan sólo se escuchaba al Radio dirigir a su equipo, eso

Gómez, bien marcado, no la amarres tanto, Krusty, que te van a cascar, Negro desteñido, no me sacas nunca.

Oscurecía. Cada vez se hacía más difícil seguir la pelota. El Mono hacía lo que podía, el Jirafa no paraba de correr detrás del Radio o del Tanque, buscando quitarles el balón, el Negro mandó un par de pases rastrosos que el Flaco controló sin problemas. Krusty enfrió el partido, poniendo el balón a rodar por toda la cancha y dejando mano a mano en dos ocasiones a Gómez, que no pudo resolver ninguna. Hasta que el Negro, molesto por un empujón del Tanque, adelantó un poco el balón y pateó hacia la derecha del Flaco, que estaba mal parado. 5-4.

Y lo que parecía imposible, poco a poco empezó a tomar forma. Todos, motivados por el gol del Negro, tomaron un segundo aire y se conectaron, les salían todas, ganaban todos los balones, adivinaban todos los pases. Botilín se multiplicó allá atrás, corriendo como nunca, la gripa ya olvidada en un lejano pasado, Cauchola seguro en el arco dando órdenes, con calma Monito, el Negro está ahí atrás, ¡ole, Tanque!, ¡ole, Radio!, el Mono amagando y amagando, el Negro finito en los pases, el Jirafa definiendo bien pero el Flaco se había crecido en su arco. A marcar con ganas, Radio, Tanque, dijo el Flaco, no todo puedo hacerlo yo solo. Y en un tiro de esquina, el Mono, a lo Pibe Valderrama, le hizo un pase al Negro que se había parado frente a él, y sin pensarlo dos veces se la pidió de nuevo, el balón rodó perfecto para un tiro rasante que el Mono impactó

como los mejores. 5-5. Gritaron, se abrazaron, se tiraron al piso en una montonera asfixiante, todos cantando el gol como si de eso hubiera dependido vivir o morir, qué grande, Mono, qué crack, el Flacucho ese no la ve ni en repetición, vamos a ganar esto, perritos, qué golazo, Dios mío.

El Tanque y sus amigos se pusieron serios. Nunca esperaron esa impresionante reacción de un equipo al que daban por muerto hacía tan solo media hora. Se reunieron en un círculo sobre su arco, hablando en voz baja. No iban a darse por vencidos. El partido aún no había terminado. Y a la euforia por el empate siguió un dominio casi absoluto del balón por parte del Tanque y de Krusty que no perdía una. El Negro, el Jirafa y el Mono corrían desesperados detrás de la pelota que se había hecho esquiva, inalcanzable, cada vez más exhaustos, con el desgaste del empate pesándoles en los huesos. Diez minutos duraron empatados, y en una jugada que se inventó Krusty, dejando en el camino primero al Negro y luego a Botilín, que se veía lento, pasmado, quedó frente a frente con Cauchola, mandó la pierna izquierda hacia afuera y rápidamente giró hacia la derecha, Cauchola en el piso, sin posibilidad de reaccionar, y solo tuvo que empujarla para matar la ilusión de una remontada histórica. 6-5.

Desde ahí, el partido fue otro. Botilín daba nuevas muestras de gripa, escupía, jadeaba y sorbía mocos con frecuencia, el Negro había dejado de hablar y se veía desconcentrado, el Jirafa ya no corría como antes, desmotivado por el sexto gol del contrincante, el Mono la perdía fácil, como si la energía se le hubiera

acabado con el empate transitorio. Y en una de esas jugadas fallidas del Mono, el Radio la ganó y se la pasó a Krusty que, de globito, le elevó el balón a Gómez para que cabeceara, y Cauchola, contagiado por el desgano generalizado de su equipo, se quedó quieto en su arco y no hizo nada para cortar el centro. 7-5.

El desespero se adueñó del Negro y sus amigos. Ya no doy más perritos, dijo el Botilín, y se tiró al piso y ahí se quedó durante varios minutos. Los otros, en la cancha, peleaban por todo. Negro marica, suéltala pues, recriminaba el Jirafa. Despiértate ya, Mono huevón, increpaba el Negro, a ver Botilín deja ya la maricada y pa' dentro, Cauchola regañaba a todo el mundo, y el Radio se reía y aprovechaba el momento para sumirlos aún más en la confusión. Estos nenitos no tienen nada, parces, decía con sorna, nos ganamos facilito esa empanada. En la defensa, el Tanque y el Radio habían retomado nuevamente el control, hacían faltas indiscriminadas y ganaban arriba y abajo, recios, seguros. Botilín tomó fuerzas y entró de nuevo a la cancha, pero parecía loco, había perdido toda noción de orden, se iba para adelante y dejaba a Cauchola allá atrás solo, sin escuchar las recriminaciones de los demás. El Negro ganó la banda, se sacó al Tanque dos veces y centró el balón al Jirafa que estaba solo frente al arco, pero Botilín, desesperado, se atravesó y desvió el balón hacia atrás, dejando a Krusty y a Gómez solos en posición de ataque, a años luz de distancia, y Cauchola quedó, presa fácil, a merced de los amagues de Krusty y de la buena puntería de Gómez. 8-5.

El gol los sumió en la oscuridad de las seis de la tarde. Gordo huevón, recriminó el Negro, ¿qué estabas haciendo allá arriba?, ¿quieres defender en el otro equipo o qué?, Botilín, exhausto y tirado en la cancha, no decía nada, el Negro seguía la cantaleta y en una de esas Botilín se levantó y lo empujó, Negro marica, no das un pase bueno hace dos horas y sí jodes a todo el mundo, el Jirafa ya ni decía nada, Cauchola, impotente, mandó un par de puños contra el piso, Botilín y el Negro seguían discutiendo, mejor te hubieras quedado con tu mami jugando a las muñecas, niñita, va a tocar conseguirse un balón para no tener que volverte a llamar, y el Radio y el Tanque no podían de la risa escuchándolos, ¡pelea de novias!, ¡dense un pico ya, pues!, y estallaban en carcajadas.

El Mono fue por el balón, intentando imprimirle algo de ritmo al partido, pero ya no hubo tiempo para más. Mientras el Negro y Botilín proseguían la discusión, una sombra rápida y furtiva como un gato cruzó por la entrada del parque, Diego Fernando, chino vergajo, usted sí qué cosita, ¡eh!, Dios mío. La madre del Negro, vociferando, entró a la cancha ante la mirada estupefacta de sus amigos y las risas apagadas del Tanque. ¿No le dije que juicioso en la casa, culicagado? ¿No le dije que no más fútbol, ah? Botilín, boquiabierto, agarró el balón y dio dos pasos hacia atrás, intentando evitar la mirada asesina de la señora. El Mono no sabía dónde meterse y se escondió detrás de Cauchola, que observaba con total asombro cómo la madre del Negro lo agarraba de la camisa y lo sacaba de la cancha casi arrastrado por en medio de los dos equipos. Me va a oír, chino

berraco, me va a oír. El Jirafa no sabía si burlarse o echarse a la pena, la señora empujaba al Negro mientras éste protestaba inútilmente, mamá, mamá, por favor, déjeme acabar el partido, por favor, el Radio empezó a reírse con estruendo, seguido por todos los de su equipo, Negro desteñido, hijo de mami, ¡no se te olvide pagarnos la empanada!, y el Negro supo al instante que no había nada que hacer, que tendrían que pagar la apuesta sin dar la última batalla, que el Radio no demoraría en inventarle un apodo de esos que manchan la adolescencia entera, y pensó que así seguramente se había sentido Roberto Baggio en la final del 94, humillado, desolado por dejar tirados a sus compañeros en el momento crucial. Desde la salida del parque echó una última mirada a la cancha y vio al Mono, a Botilín, al Jirafa y a Cauchola cabizbajos, absolutamente derrotados ante las carcajadas interminables de los rivales.

Epílogo

¿Por qué crear? Una pregunta que hoy en día todo artista debe formularse. Los tiempos del 'arte por el arte' han quedado atrás. Los días que hoy pasan exigen una reflexión profunda sobre el rol del artista y la creación, sobre el sentido del arte, sobre el lugar del hombre en el universo.

Pareciera que hoy no es lícito reflexionar. Que esta práctica debe dejarse a los viejos filósofos o a los científicos de vanguardia. Que ya no vale la pena hacerse preguntas porque no va a haber respuestas. Y así, el intento por encontrarle un sentido al arte, al hombre y a su paso por el mundo se ha sumido en una oscuridad espesa, difícil de sortear.

Pero hay un abismo que ninguna época podrá agotar. Un remolino insondable que aún tiene suficiente caudal para ser fuente de poesía, literatura o música. El hombre, abrumado por el ruido del mundo, ha desviado la mirada de ese abismo, lo único que lo hace realmente auténtico. Se ha perdido en un mar de distracciones, de ilusiones construidas con el único fin de aumentar el 'bien supremo' de nuestros tiempos, que no es ni la felicidad de Aristóteles, ni la ciencia de los modernos: es el *consumo* en todas sus manifestaciones, el olvido del hombre, la condena de nuestros días.

Mientras el hombre siga obnubilado por el fulgor del espectáculo (pues la vida es hoy, más que nunca, un espectáculo sin sentido), por las trampas del 'bien supremo' de nuestra época, no podrá acercarse a ese abismo inagotable. Mientras se mantenga en la ingenuidad frente al mundo, de creer que la realidad es eso que le han dicho que es y ahí se agota, estará condenado a la ceguera. Para aquellos que no quieren ver, el laberinto estará vedado por toda la eternidad.

Ese laberinto, ese abismo sin fondo: un océano de aguas turbulentas y llenas de vida, de alimento para el espíritu voraz. El artista de nuestros días debe impregnarse de ese alimento, debe zambullirse en esas aguas que lo llevarán a encontrar el verdadero bien supremo: *él mismo*. Es allí donde la pregunta "¿por qué crear?" cobra sentido.

La creación para el artista es tan indispensable como sus pulmones. Por ello debería cultivar la reflexión constante sobre su quehacer. El artista, consciente de sus limitaciones y defectos, de su insatisfacción con el mundo, debería nutrirse de esta reflexión, de sí mismo, de sus profundidades, de sus vicios, de su imaginación, por muy perversa, débil u oscura que pueda ser. Aquel que tiene la mirada perdida en las luces del mundo lejano estará de ello, pues no hay originalidad más que en la *expresión* de lo más íntimo.

¿Lo más íntimo? Es allí donde se puede encontrar una respuesta sincera a la pregunta fundamental, y en ninguna otra parte. Porque uno mismo es el principio y el fin del universo. Es allí donde se refleja lo original, lo más propio. Y si pensamos que el hombre mismo no soy yo, ni ese, ni ella, sino todos; si comprendemos que el hombre mismo habita en todos nosotros, comprenderemos por qué el arte que surge de allí es a la vez lo más íntimo y lo más universal.

El artista está obligado, entonces, a buscar su voz. La esencia que lo haga único y a la vez universal. El aroma que emane de sus profundidades, de ese abismo interminable que es su ser. Y su arte no puede ser algo distinto a esa misma búsqueda. Su arte no puede ser otra cosa que el testimonio de esa búsqueda. Por eso la creación debe estar impregnada de sus obsesiones, de sus amores y odios, de sus heridas y sus cicatrices, de su sufrimiento. Todo ello es el registro de esa búsqueda íntima que debe ser el arte para el artista. Ese es su 'bien supremo' y su finalidad. Una finalidad a la que, afortunadamente, nunca termina de llegarse.

El alma del artista es infinita. Por eso el arte jamás se extinguirá.

Después de dos años de proceso, ¿qué decir del cuento?

No por breve es un género fácil. Cualquiera podría pensar que veinte mil palabras para dos años de trabajo es muy poco, que no representan un proceso realmente profundo y fructífero. Pues bien, para un escritor inexperto como yo fueron veinte mil palabras de lucha y aprendizaje. Detrás de ellas hay una búsqueda, el deseo de decir algo con honestidad y, aún más difícil, con la mayor perfección posible. He ahí la cuestión esencial del cuento, y el corazón de su dificultad: un buen cuentista debe aspirar siempre a la perfección de su obra, debe jugar a ser un maestro, casi un dios, del arte de moldear.

Se ha comparado la escritura de cuentos a la tarea de fabricar relojes, por la precisión y paciencia con que se deben desarrollar ambas empresas. Eso he intentado hacer: fabricar con meticulosidad un mecanismo que cumpla satisfactoriamente una función y sea al mismo tiempo una hermosa artesanía.

A pesar de que el cuento requiere de rigor y no da lugar a una excesiva improvisación, sí permite, e incluso exige, la experimentación de diferentes voces, tonos y estilos que ofrezcan una experiencia de lectura lo más completa posible. Esta es, en mi concepto, una de las grandes virtudes del cuento como género y, en este caso, como proyecto de maestría, pues debido a la multiplicidad de voces y matices que constituyen mi obra nunca me vi sumido en el aburrimiento ni en la falta de material para la creación.

En esencia, más que en una novela, donde el escritor tiene un poco más de soltura, el éxito o fracaso del cuento radica en la correcta utilización del lenguaje, en su eficacia y contundencia, en su economía y pureza, en su exactitud y poesía. En el cuento cada palabra, cada coma, cada punto, valen su peso en oro, y hay que saber invertirlos bien. Eso es, finalmente, lo más arduo en la confección de un cuento: hay que tener el ojo agudo para distinguir lo útil de lo que sobra, lo necesario de lo superfluo, lo esencial de lo contingente. Si algo he aprendido durante los dos años de maestría ha sido esto, a ser el más fiero y más exigente crítico conmigo mismo o a valorar mi trabajo cuando éste así lo merezca. Y lo he conseguido gracias a la búsqueda constante de un lenguaje que bordee la perfección.

Sería un exceso de vanidad considerarme ya un maestro en el oficio de cuentista. Por el contrario: estos dos años me han confirmado que el camino del cuento es arduo y pedregoso. Que en la literatura poco es lo que soy. Que es más lo que me falta por recorrer que lo que llevo recorrido. Que puedo incluso morir sin alcanzar nunca esa perfección de la que ya he hablado antes. Puede sonar desalentador, pero no es así. Ésta ha sido una excursión dura pero sin embargo hermosa y gratificante, una verdadera lección de vida. Y los cuentos son ahora un vicio al que no puedo ni quiero resistirme.

Las dificultades en la escritura de estos cuentos han sido múltiples. Desde cuestiones meramente gramaticales o formales hasta la construcción verosímil de personajes y contextos, llevarlos a una forma final ha sido una tarea ardua.

Quizá el cuento que más problemas me presentó, hasta último momento, fue *Último paso*. De corte metafísico, el texto se remonta a hace casi seis años, sustancialmente modificado en su versión definitiva. La dificultad de este cuento estribó, esencialmente, en su carácter psicótico, en lo inasible de su argumento y en la necesidad de una estructura sólida que hiciera natural su contenido. Tarea que hasta la última corrección me fue esquiva y aún dudo de haber logrado. Hay algunos ecos, aunque muy diluidos, de *El amor es ciego* de Boris Vian, y por supuesto, de Poe.

Amores fugaces es hijo de Cortázar. Cuentos tales como *Final del juego*, *Las armas secretas* o *La salud de los enfermos* alimentaron su formación. Surgió como un ejercicio de escritura que, sin pretenderlo, resultó fecundo. Le debo también la primera exploración de una voz femenina, algo que el lector juzgará si se ha logrado satisfactoriamente, y el uso de la segunda persona, que tantas complicaciones puede tener en su sostenimiento pero tantas posibilidades poéticas conlleva.

De todos los cuentos, *Un ocaso* es el más breve. Se hizo a manera de homenaje a *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, un homenaje a esas voces

fantasmales del pasado que habitan en nosotros y nuestros alrededores. Es, creo yo, el que más poder evocativo tiene, por sus imágenes y su tono. La imagen que más me costó elaborar fue la del nacimiento de la rosa, lo que me enseñó que casi nunca en el primer o incluso en el segundo intento se logra dar forma a los textos, y que es necesario perseverar hasta obtenerla. Es también, de manera explícita, una deslucida metáfora de la muerte.

En *Hell Ain't a Bad Place To Be* reflejo mis obsesiones surgidas del rock de los sesentas y los setentas. Es un homenaje a todos aquellos músicos que sucumbieron al delirio de la insatisfacción y la droga, y cuya genialidad no alcanzó a redimirlos. En ese relato se escuchan las voces de Jimi Hendrix, de Jason Bonham, de Janis Joplin, de Jim Morrison, de Bon Scott (cantante líder, hasta su muerte en 1980, de AC/DC, agrupación de la que tomé el título del cuento y el epígrafe). Es un homenaje y también una pequeña protesta por su desafuero inútil. Me permitió explorar el monólogo interior, técnica en extremo difícil y exigente que requirió de gran cuidado para no resultar en el fracaso.

Ruleta Rusa es quizá el cuento más ambicioso en cuanto a estructura se refiere. Está inspirado en una escena de *Fight Club*, de Chuck Palahniuk, que dejó al lector la tarea de buscar. Debido a su construcción fragmentada, no lineal (siguiendo, tangencialmente al menos, películas como *Memento* de Christopher Nolan o *Crash* de Paul Haggis), la gran dificultad de este relato consistió en la búsqueda verosímil de la trama y en la conexión coherente de sus piezas, pues el

cambio de un pequeño detalle afectaba al cuento en su conjunto y obligaba a una alteración profunda del mismo. Gracias a este relato aprendí a dar coherencia a los personajes, los cuales sufrieron importantes transformaciones durante su desarrollo. Tuve que pensar con detenimiento las características psicológicas, sociales y emocionales de los personajes debido a que en la primera versión parecían casi caricaturas. A pesar de las patentes imperfecciones de la versión definitiva, fue un ejercicio fructífero.

La persecución data del 2009, producto de un grupo de escritura del que hice parte denominado 'los Confabularios'. Inspirado en un sueño, en sus palabras resuenan las de Kafka, su angustia, la imposibilidad de darle un sentido a la fatalidad. Una fatalidad que llega de golpe, que no se puede evadir, que no puede y quizás no debe comprenderse. Tanto *La metamorfosis* como *El proceso* encuentran aquí un heredero, un eco ambientado en un escenario tipo *Sin City*. La mayor dificultad de este relato fue la búsqueda de un lenguaje adecuado, pues al ser un escrito de tiempo atrás carecía de la precisión lingüística que su trama requería.

En *Sueño de hormiga* también hay resonancias de Cortázar. Nada más mencionar *Axolotl*, *La Noche Boca Arriba*, o *Todos los fuegos el fuego*. Quise construir un universo en el que la protagonista y las hormigas se confundieran, estuvieran enlazadas por fuertes intuiciones, por cálidos rayos de sol. El epígrafe de Chuang Tzu es elocuente y señala en gran medida la génesis del cuento. Hay

entre líneas, quizá, una pincelada borgiana. Lo que más trabajo me costó fue hallar la voz de la protagonista, tan alejada de mí en un primer momento. Fue necesario transportarme a esa época en la que el mundo era más intuitivo que pensado, un esfuerzo muy enriquecedor pero en extremo difícil. De todos los cuentos que componen esta colección, es el que quizás más dificultades técnicas me presentó.

Y en una colección de cuentos en la que quería reflejar lo más íntimo de mí mismo no podía faltar un relato sobre fútbol, una de mis grandes pasiones. Cronológicamente fue el último de todos. Mi principal obstáculo, lo que más tiempo me tomó resolver, fue la búsqueda de la historia y del tono. Pues historias de fútbol hay miles. Y sobre fútbol se han realizado programas de televisión, películas, documentales, reportajes, crónicas, biografías. ¿Qué podía yo agregar a ese acervo futbolero? ¿Qué podía añadir sin hacer una copia mediocre? ¿Cómo escribir un cuento que no tuviera el tono dramático, o trágico, o épico, de tantos otros? Concluí que lo más sensato era echar mano de mis recuerdos personales, de mis partidos de la infancia, de los muchos amigos que el fútbol me ha dado, y hacer con todo ello algo que tuviera un tono particular, una mirada distinta de lo que había visto anteriormente. Y me di cuenta que en muchos de esos relatos se exaltaba la victoria, el éxito, la superación de los obstáculos. Pero el fútbol es también derrota y frustración, y eso quise reflejar. Una vez sorteada esta dificultad, la escritura del cuento fluyó con vida propia. En un primer momento pensé escribir un relato corto, no más de cinco o seis páginas. Pero el

cuento hizo lo que quiso, fue caprichoso y se extendió sin que yo pudiera detenerlo. Considero un gran logro el tono orgánico, dinámico, heredado de *Los cachorros* de Vargas Llosa y de las ágiles conversaciones que se encuentran en los cuentos de Bolaño. Otro, el reflejo de la jerga bogotana, tan ajena a casi todos los demás relatos. Le debo el título a Antonio García.

Y es con respecto a esto último, a los títulos, que encuentro la mayor dificultad general de mi escritura. Los cuentos *Hell Ain't a Bad Place To Be*, *Ruleta Rusa*, *Sueño de hormiga*, *Con toda, perritos* y *Último paso* (5 de 8) encontraron su título después de varios esfuerzos infructuosos. El título que lleva la colección, asimismo, se modificó sustancialmente, pues en un comienzo pensaba titularla *Minotauro y otros cuentos* pero debido a las fuertes críticas recibidas y a la decisión de excluir el cuento así nombrado terminé por descartarlo. Es algo en lo que tendré que trabajar asiduamente pues aún no he adquirido la destreza que desearía tener para la titulación.

De la tesis excluí dos cuentos que desarrollé durante el proceso de la maestría: el ya mencionado *Minotauro* y uno de corte metafísico sobre un sacerdote. El primero, porque al llegar a la última corrección tuve que asumir que no estaba suficientemente logrado y que además no compaginaba del todo con los demás relatos. El segundo, porque durante su desarrollo comprendí que no era un relato sino más bien una novela corta, conclusión a la que llegué semanas

antes de cumplir el plazo final. A este proyecto me dedicaré cuando finalice la maestría.

Uno de mis grandes aprendizajes durante este proceso fue la certeza de que la literatura es una construcción a varias voces. Gracias al taller de escritura descubrí errores que por mi cuenta no habría notado, y pude mejorar muchísimo las versiones originales. En últimas la decisión la toma uno. Pero las correcciones y críticas que lectores con criterio puedan ofrecer son siempre valiosas y esclarecedoras.

Quizá el motivo fundamental por el cual ingresé a la maestría fue la necesidad de confirmar mi inclinación literaria. Siempre disfruté de la lectura y la escritura pero nunca me había dedicado seriamente a ellas. La maestría fue un pretexto para evaluar los alcances y las limitaciones de este interés, de evaluar qué tanta importancia tiene para mí realmente la literatura. En este aspecto, el balance es altamente satisfactorio pues, sumado a la gran cantidad de autores y problemáticas con las que me enfrenté durante este proceso, y que disfruté enormemente, han quedado inquietudes literarias, proyectos, ideas sueltas que pretendo desarrollar a lo largo de mi vida. Esta colección de relatos es tan solo el comienzo.

Por último, cabe resaltar el desarrollo de una metodología de trabajo adecuada que este proceso de dos años me permitió. Antes de ingresar a la

maestría escribía sin orden, sin constancia. Pensaba que la primera versión debía ser casi definitiva. No consideraba necesarias demasiadas correcciones, gesto tal vez de vanidad y de ingenuidad que el trabajo en la maestría me obligó a cuestionar. Ahora sé que para lograr un resultado aceptable se requiere de tiempo y dedicación.

Escribir es como cultivar. No se puede pretender que la planta florezca apenas se siembra la semilla o apenas se riega por primera vez. Hay que cuidarla, hablarle, estar pendiente de ella todo el tiempo. Para que los textos florezcan deben ser trabajados constantemente, con cariño, podando aquí y allá, dejándolos respirar, permitiendo que la luz del sol les dé de lleno.

En la literatura no hay espacio para los impacientes. Hay que ser implacable con las correcciones y también justo con la valoración que se hace del trabajo propio. Pero eso no se logra de un día para otro. En eso consiste, ahora lo sé, el oficio del escritor.

Estas ficciones son la memoria de mi búsqueda. La huella de mis abismos. El recorrido, a veces a ciegas, por calles solitarias y en penumbra. Calles que me han llevado, espero, a reencontrarme. He aquí el testimonio de mi travesía.